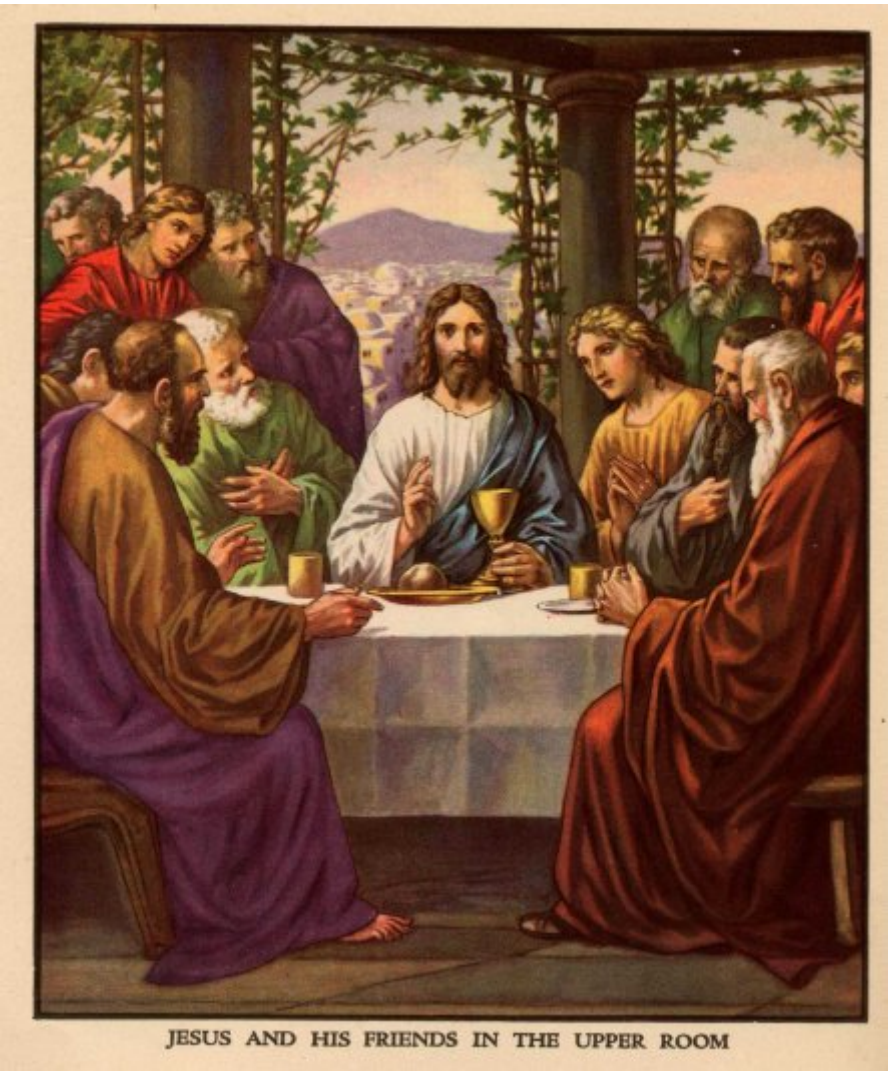
EL PAN DE TU PALABRA-4

ABRIL 2007



INTRODUCCIÓN

Señor, he leído despacio tu evangelio perteneciente al año 2007. Y te confieso que me ha despertado un mayor por tus enseñanzas. He querido también situar la reflexión

contemplativa en el ambiente en el que te desenvolvías en tu predicación urgen y apremiante.

Espero que los lectores encuentren en el Pan de tu Palabra un motivo para amarte cada día y para hacer el apostolado que nos corresponde a todos y a cada uno.

Con todo afecto,

Felipe Santos, Salesiano

1 abril 2007
Lc 19,28-40

Es la venida del Mesías, el inicio de su reino. Viene el Señor de la paz, el heredero del trono de David que reinará sin fin (cfr Lc 1,32-33). Viene con gran humildad..

La salvación consiste en acoger a este Mesías pobre, siempre de viaje y siempre en la puerta de quien abre. Viene y verá siempre de igual modo a quienes lo hemos visto venir..

Jesús será rechazado por su elección de ser pobre y humilde. La fe cristiana consiste en acogerlo tal y como es..

La visita de Jesús a Jerusalén tiene su centro en el tiempo y su punto de partida y de llegada en el monte de los Olivos..Sobre este monte recibirá su bautismo de sangre (Lc 22,4)y se elevará al cielo (Lc 24,50-51).

El Mesías no viene a caballo como quien tiene poder. Tampoco viene en carro de combate como quien quiere conquistarlo (Zc 9,9). Nuestro rey está en medio de nosotros como el que

sirve (Lc 22,27).Por esto viene cabalgando en un animal humilde de uso diario.

El asno pequeño es figura de Jesús que toma sobre sí nuestro peso muerto (Lc 10,34; Gv 1,29). Su mesianismo está en la pobreza, la humillación y la humildad, que son los medios poderosos de quien ama y libera del la esclavitud del egoísmo. Rechaza las riquezas, el poder y la gloria, que son los medios débiles de quien tiene miedo y esclavitud.

El pequeño asno, que es figura de Jesús, representa la verdadera imagen del verdadero cristiano que sirve por amor en humildad. En la comunidad cristiana hay demasiados caballos preparados y pocos asnos que lleven a Cristo a Jerusalén.

_____

DÍA 2 DE ABRIL-2007

PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR SEGÚN SAN LUCAS (Lc 22,14 --- 23,56)

Este relato nos presenta la última cena y la institución de l Eucaristía. Es el banquete en el cual nos alimentamos de Cristo, hacemos memoria de su pasión, bebemos de su Espíritu y recibimos la prenda de la gloria futura. Esta narración es el núcleo genético de todo el evangelio. : "Haced esto en memoria mía" (v. 19).

Los hermanos, reunidos en torno a la mesa, celebran la memoria del Señor muerto y resucitado, ascendido al cielo y presento en medio de los suyos; comen su Palabra a la espera de su vuelta. En la Eucaristía se coge el significado de todo cuanto Jesús ha dicho y

hecho, y se ve el cumplimiento de la Ley, Profetas y Salmos. En ella Dios nos da el don de los dones: se nos da a sí mismo. Aquí su amor por nosotros indica su fin: se une a nosotros y se hace vida nuestra. Es el punto de llegada de toda la creación que se une al Creador. Aquí vemos y gustamos la humildad de Dios que, por ser deseado por el que ama, se hace la necesidad fundamental: pan. Y así como uno llega a ser lo que come, comamos al Hijo y lleguemos a ser hijos. Verdaderamente la eucaristía nos diviniza.

Haciendo vida de este gran don, vivimos siempre dando gracias al Padre y logramos la fuerza para vivir como hermanos en humildad y servicio recíproco. Este es el pan que nos da fuerza para el largo viaje que nos llevará al monte de Dios donde lo contemplaremos cara a cara. La eucaristía nos introduce en el eterno “sí” de complacencia y amor entre el Padre y el Hijo. Y esta es la vida eterna.

En todas la religiones existe el sacrificio del hombre a Dios. En el cristianismo por el contrario está en el centro el sacrificio de Dios por el hombre. Y de esto hacemos memoria y damos gracias en la eucaristía.

Es la hora en la que se come la Pascua, a la puesta del sol. Pero esta Pascua es el cumplimiento de todo el designio de Dios: él se da al hombre como vida, y la criatura vive de su creador. La hora del don de Dios coincide con la hora del mal del mundo (v. 53). Al colmo del mal del hombre corresponde el amor máximo de Dios.

Los apóstoles son los que están con él. No porque sean bravos, sino porque Jesús desea

estar con ellos, sus hermanos perdidos. Estar con el Hijo es nuestra vida, la plenitud del don pascual que vivimos en la eucaristía. Gran parte del evangelio de Lucas presenta Jesús en la mesa con los pecadores.

En la Eucaristía se sacia el deseo de Cristo porque su amor se acoge y se hace comida de nuestro deseo de él: "Quien me come, vivirá por mi" (Jn 6,57). En el cuerpo de Jesús, entregado por nosotros, se consuma el amor de Dios por el hombre. Dios reposa en el hombre y el hombre en Dios, en comunión de vida y de amor.

Jesús ha deseado ardientemente comer su Pascua con los Doce, de los cuales uno lo traicionó, uno lo reniega y diez huyen abandonándolo en el momento de la necesidad. Su amor deberá llevar el mal de los que ama.

Es la última cena pascual hebrea. El signo cesó y da paso a la realidad: la cena del Señor. Al cordero ofrecido por el hombre a Dios le sigue el Cordero ofrecido por Dios al hombre, el mismo Hijo que da su vida por la salvación del mundo.

La Pascua se cumple en el reino de Dios. La eucaristía e sólo el anticipo de la gloria futura, cuando Dios sea todo en todos (1Cor 15,28). La distancia entre Eucaristía y Reino es el motivo de la misión al mundo, porque todos los hermanos viven del mismo pan de los hijos.

Jesús resucitado desea siempre compartir el pan con sus discípulos. Lo hace cada vez que los suyos lo invitan a quedarse con ellos, como los discípulos de Emaús (24,29).

El cáliz de la bendición ofrecido por Jesús, que pasa entre los comensales después de la consumación del cordero, es el tercero en ka cena pascual. Mientras los discípulos beben el último cáliz de la pascua antigua, Jesús hace referencia al Reino en donde el cáliz de la alegría eterna.

Tomar el pan por parte de Cristo es una acción de gracias al Padre, fuente su vida. Su vida recibida como un don del Padre, él la entrega a los hermanos para que vivan. El verdadero y definitivo cordero pascual, que Dios da al hombre, es su Hijo. Toda la vida de Jesús es revelación de Dios. Su cuerpo entregado por nosotros es el vértice: Dios se manifiesta como puro don de sí, amor absoluto.

Hacer memoria de él significa vivir hoy de su don, hacer de su amor crucificado nuestra vida. Este pan es el misterio de la fe: el pan del Reino, el don del Hijo que nos introduce en la vida del Padre.

La alegría del vino, fruto de la tierra prometida, se sustituye por la sangre del Hijo. La nueva alianza sustituye a la antigua. Nos saciamos ebriamente en la fuente de la vida.

La antigua alianza ha estado siempre rota por nuestra infidelidad. Pero la maldición debería haberse abatido sobre nosotros (Jr 34,18) ha recaído sobre él. Cualquier cosa que hagamos, su amor permanece fiel eternamente. Finalmente conocemos quién es Dios para nosotros: amor absoluto y sin condiciones. Y conocemos también quiénes somos nosotros para él: hijos amados y perdonados siempre en su Hijo. De quien nace la nueva ley, escrita en el corazón.

Este amor nos da la libertad de corresponderle; nos habilita para amar como él nos ha amado.

Quien celebra la Eucaristía se pregunta como el leproso curado: ¿Dónde están los otros nueve?" (Lc 17,17). La misión sale del amor de Cristo, que nos quiere a todos (2Cor 5,14), hasta en los confines de la tierra.

La Eucaristía, vértice y principio de la vida cristiana, nos abre siempre a los otros.

Los versículos vv. 21-38 contienen las palabras de despedida de Jesús, su testamento. La Iglesia, reunida en torno a la mesa, se examina a sí misma. La Eucaristía es el juicio de Dios al mundo, un juicio de salvación, que evidencia el pecado del que nos libera. El don de su amor es como el espejo de la verdad, en el cual vemos nuestro egoísmo. El Señor se da a una comunidad que lo traiciona, no entiende, huye y lo reniega.

Dividimos el discurso en dos partes (vv.21-30 y 31-37). En esta primera parte el tono se da por la traición de Judas (vv. 21-23), donde se consuma el misterio de la iniquidad del hombre. Los vv. 24-27 muestran que todos los discípulos tienen su cuota de participación en este mal, para rescatarnos del cual Cristo se hace siervo y muere. Mientras que el espíritu del demonio nos hace buscar la autoafirmación y el dominio, el Espíritu de Jesús nos da a conocer el verdadero modo de realizarnos a imagen de Dios. La

Eucaristía denuncia el mal del hombre y da el bien de Dios. Toda la Iglesia, representada por los Doce, come y bebe el pan y el vino del Reino, que lo asocian al mismo destino de pasión y gloria de su Señor (vv. 28-30).

Dios se entrega a quien lo elige y a sus enemigos. La traición de Judas no es un gesto monstruoso y único. Judas es nuestro hermano. Tiene el mal que todos tenemos, se comporta según el buen sentido que lleva a buscar el propio interés y la propia afirmación. Jesús le decepciona porque sigue otro camino. El verdadero pecado de Judas, más que el de traicionar a Jesús, fue el de pensar:

"Me he equivocado, y por tanto pago", y no aceptar su amor gratuito. La salvación es acoger el hecho que él me ama gratis y muere por mí pecador. Nuestra libertad no es tanto la de no hacer el mal, sino la de no rechazar el perdón.

El Señor se entrega a una comunidad siempre abierta a la traición. En la misma mesa de salvación está siempre nuestro pecado y su perdón.

_____

El mal del hombre no destruye el bien de Dios, sino que lo realiza en un designio más amplio y maravilloso (Hch 2,23; 3,18; 4,28...). Aquí no pretende decir que Judas haya tenido que recitar un copión fijado, en el que le toca la parte mala. El hombre hace el mal libremente, o mejor, porque es esclavo de la ignorancia. Pero Dios lo ha previsto ya; y, , en su amor, ha fijado su plan de salvación: el Hijo del hombre se verá llevando sobre sí el mal de los hermanos.

"¡*Ay del hombre*" no es una amenaza. Jesús ama a Judas. Si el amor se mide por la necesidad, Judas en este momento es amado más que todos los discípulos.

Jesús sencillamente le hace tomar conciencia del mal que se está haciendo, y por el cual sufre. Dice "*ahimè*" porque el mal del amado recae sobre quien ama. La cruz de Jesús es el"*ahimè*" de Dios por el mal del mundo. Es muy grave por destruir el sentido de la creación: es mejor no haber nacido (Mc 14,2 l; Mt 26,24). Jesús ha muerto por el pecado de Judas, y su muerte es el precio de cada pecado. Cuando decíamos que somos salvados significa que verdaderamente estaban perdidos. Judas, como cada hombre, más que autor es actor del mal. Víctima del mal por ignorancia por ignorancia, llega a ser su vehículo (Lc 23,34; At 3,17).

Cada uno busca en el otro al culpable. La salvación no viene por anunciar el pecado ajeno (Gen 3), sino por reconocer el propio. Justo no es el que se significa, sino quien reconociéndose injusto acepta justificarse por la gracia. Todo lo que sigue muestra cómo todos los discípulos

tienen el mismo mal de los jefes de este mundo y del mismo Judas: la búsqueda del propio “yo” más allá de todo y de todos.

Estas palabras sobre la preeminencia de los discípulos se desarrolla en el marco de la última cena, en la presencia de Jesús que va a la muerte por todos.

La orden de las precedencia en la comunidad de los discípulos de Jesús tiene otro significado distinto a los paganos infieles. Entre estos, quien tiene el poder de someter a los otros, los somete con el fin de ser el único en detentar la autoridad y así dominar al encontrado. Es una ironía que los “dominadores” de este género se hagan llamar” benefactores”.

El emperador romano desde el tiempo de Augusto llevaba el título de “salvador y benefactor del mundo”. El afán dominante se presenta así bajo la máscara de la amistad y de la beneficencia. Mientras que en realidad, la regalidad del mundo es dominio que quita la libertad y hace esclavos.

También en la comunidad cristiana existe, por voluntad de Cristo, una “jerarquía”. Pero quien la autoridad en la comunidad, debe saber que no es el dueño de ella, sino el siervo. Todo poder, en Cristo, es servicio.

El afán de vencer, el deseo de prevalecer sobre el otro es el origen de toda guerra y lucha entre los hombres.

La larga catequesis que dura desde el inicio del evangelio no parece haber cambiado todavía mucho el corazón de los discípulos. Ante Jesús

que se humilla hasta la muerte de cruz, se evidencia el pecado del mundo: el protagonismo. Todas las divisiones entre los hombres y la Iglesia, incluso si se camuflan de infinitos modos, nacen de esta única fuente: la autoafirmación. Es el egoísmo, fruto mortal del veneno de la serpiente. Y Jesús se da a sus discípulos. El pan de su humildad y de su ocultamiento es antídoto a los falsos fariseos.

Todas las luchas entre los hombres son siempre por esto de “parecer el más grande”. La idolatría es la búsqueda de esta apariencia, propia de quien ignora su verdad y la de Dios. El protagonismo es la enfermedad infantil del hombre que no se siente amado y no sabe amar.

Es la regla de acción para el mundo y el principio de todo mal.

El Espíritu Santo, revelado y donado en la Eucaristía, es amor que se actualiza en la pobreza, en el servicio y humildad. Es lo contrario del aquel del mundo.

San Pablo escribe: No hagáis nada por rivalidad o vanagloria, sino que cada uno con humildad, considere a los demás superiores a sí mismo. Tened n vosotros los mismos sentimientos de Cristo" (Fil 2,3-5).

"Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve" (v. 27). Es la más bella definición que Jesús da de sí mismo, la verdadera revelación de su divinidad. Dios es amor. Y el amor es servicio.

La presencia de Jesús entre nosotros será siempre la del siervo. El punto fundamental es aceptar que él nos sirve y nos lava los pies. El cristiano es aquel que reconoce como fuente de su vida el servicio gratuito del Señor: sólo así puede tener parte con él y amar como le ha amado.

Quien condivide con Cristo la fatiga, condividirá también la gloria. En uno de los himnos más antiguos que los cristianos cantaban a Cristo, encontramos estas palabras: "Si morimos con él, viviremos también con él; si con él perseveramos, con él reinaremos; si lo negamos, también él nos negará; si nos falta la fe, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo" (2Tim 2,11-13).

La Eucaristía, uniéndonos a él, nos abre al futuro definitivo: "Yo preparo para vosotros un reino, como el Padre lo ha preparado para mí, para que podáis comer y beber en la mesa en mi reino y sentaros en trono para juzgar a los doce tribus de Israel" (v. 30). Nos sentaremos con él como rey, con su mismo poder de juzgar, es decir, salvar al mundo. El es en efecto juez que no ha venido a juzgar, sino para salvar a todos con su sangre.

Es la última parte de las palabras de despedida de Jesús, de su testamento. El prevé la situación de los suyos a la hora de la prueba. Conoce la dificultad de Pedro (vv. 31-34) y de todos (vv.35-

38) cuando é, como está escrito, condividirá la suerte de los malhechores.

"Por eso el pastor y las ovejas se dispersarán" (Mc 14,27). Lucas resalta la postura de Pedro: Satanás lo desconcierta como se coge el grano. Pero Jesús ya ha rezado para que en su caída, en vez de dispersarse, confíe en él. Está bien que Pedro falle o caiga. El granero de sus buenos deseos hará que emerja de su ruina la fortaleza que no se estremece: la fidelidad de su Señor. En sus buenos propósitos hay escondido un mal sutil del que debe librarse y salvarse. Se trata del orgullo y de la autosuficiencia. Es el pecado más grave, su misma esencia.

Pedro pasará de la propia justicia y del amor propio por el Señor a la justificación y para el amor del Señor por él. No será él quien muera por Cristo, sino Cristo por él.

La salvación no es mi amor por Dios, sino el amor de Dios por mi. N esta circunstancia Pedro cumple el difícil paso de la Ley al Evangelio, del Antiguo al Nuevo Testamento, para unir el conocimiento de Jesús como su Señor, que lo ha amado y se ha entregado a sí mismo por él (Fil 3,8; Gal 2,20). Es el novicio de la fe cristiana.

El discípulo no es más bravo de los otros. Es pecador como todos. Pero está contento porque sabe que el Señor lo ama: ha reconocido y creído en el amor que Dios tiene por él (1Jn 4,16). Este es el verdadero principio de la vida nueva.

"El justo vivirá de fe" (Rm 1,17; Ab 2,4) significa que el justo vive de la fidelidad del Señor hacia él: nadie puede separarlo del amor que tiene por él en Cristo Jesús (Rm 8,39). Esta fe es rocosa

porque se apoya no en la fidelidad del hombre a Dios, sino en la fidelidad del hombre a Dios al hombre. Ni siquiera el pecado y la muerte sustraen al hombre de dios, porque se ha hecho pecado y muerte por nosotros, para ser nuestra justificación y vida.

Pedro, después de haber experimentado y entendido todas estas cosas, tendrá la función de confirmar a sus hermanos en esta fe a la fidelidad de Dios, que es el fundamento de la Iglesia.

El v. 31 es la verdadera llamada de Pedro. En Lucas es la primera vez que Jesús lo llama por su nombre por dos veces. Es una vocación solemne, como la de Abrahán, Moisés, Samuel, Marta y Saulo.

Satanás, al igual que entró en Judas, así busca entrar en todos los discípulos... Pero purificará la fe de los discípulos, llevándolos a la infidelidad que ofrecerá su posibilidad de una fe más pura: aceptar vivir sólo de la fidelidad del Señor.

La fuerza de su oración a Jesús no garantiza la impecabilidad de Pedro, sino la indefectibilidad en la fe. Esta consiste en fundar la propia vida en su misericordia. Pedro se equivocará, pero se convertirá. Su experiencia de infidelidad le hará conocerse mejor a sí mismo y a su Señor. Así estará en grado de hacer inquebrantable la fe de sus hermanos que atravesarán los mismas dificultades. Su función, dirá él mismo, no es la de quitarle la dirección del rebaño que se la ha encomendado, sino ser modelo de humildad y confianza en el Señor (2Pt 5,1ss).

Pedro es un hombre de grandes deseos: Pero confía en su carne. Y su carne es débil. No se puede poner la confianza en e, sino en aquel que “tiene el poder de hacer mucho más de cuanto podamos pedir o pensar (Ef 3,20). El, en su debilidad, manifiesta su fuerza (2Cor 12,9).

Ahora Jesús llama a Simón con su nombre nuevo, que significa “roca”, atributo de Dios en su seguridad y fidelidad. Lo llama a así mientras le predice su segura infidelidad.

Aquel que debe confirmar a sus hermanos en la fe, antes negará tres veces conocer a Jesús. Y es verdad que no lo conocía, porque no lo conocía por lo que era realmente. Sólo después lo conocerá como “Jesús”, que significa “Dios salva”. Su experiencia es normativa e indispensable para unirse a la fe en el Salvador.

Jesús recuerda a los discípulos las dos veces que los envió a predicar en pobreza (9,1ss; 10,1ss). Todo fue bien. La experiencia pasada debe ser motivo de confianza en este momento decisivo de su pasión.

Jesús ha estado siempre contra la posesión y la violencia. Por tanto las palabras referentes a la bolsa y a la espada hay que entenderlas como imágenes que buscan ilustrar la grandeza de la necesidad que les incumbe. Por eso son una llamada a la fe de los discípulos en vista de un futuro difícil. Jesús no exhorta la lucha armada, sino a tener como única protección la fe en la palabra de Dios. Ella es, de hecho, la espada del Espíritu Santo (Ef 6,17; Heb 4,12) que sale de la boca de Cristo (Ap 1,6). Es el arma de ataque: la verdad que vence la mentira, la confianza que disuelve el miedo.

"Porque os digo: debe cumplirse en mí esta palabra de la Escritura: *Y fue tomado como un malhechor*". Es la síntesis de las Escrituras que se cumplen en Jesús. Con la cita de Is 53,12, Jesús dice el por qué de su muerte. Es el Siervo sufriente de Yahvé, el justo que lleva sobre sí la iniquidad del pueblo y justifica a multitudes. Estas palabras son muy importantes para Lucas. Es la explicación anticipada de la cruz, que el Resucitado continuará después de la Pascua. Esta breve cita el núcleo de toda la Escritura que encuentra en Jesús su cumplimiento: se ha hecho pecado y maldición para salvarnos de la maldición del pecado (Gal 3,13; 2Cor 5,21). Estas palabras clarifican el significado salvífico de su muerte: son la interpretación teológica auténtica, hecha por él mismo.

Lo que respecta a Jesús es estar en las cosas de su Padre (2,49). Ahora se cumple su consigna total suya (23,46). Su misión no está nunca próxima a la conclusión.

Los discípulos no han entendido de qué espada tenemos necesidad. En vez de la espada de la Palabra, tienen a mano dos espadas inútiles y dañinas. Jesús corta su discurso. Con su agonía en el Huerto de los Olivos, mostrará a todos cuál es la espada necesaria: el abandono confiado a la voluntad del Padre.

En la transfiguración del Tabo, el Padre llamó a Jesús: “Hijo”; en la transfiguración del Huerto de

los Olivos el Hijo la llama: “Padre". La humanidad dejó transparentar la belleza de la divinidad; aquí la divinidad reviste el horror de nuestra deshumanidad. Jesús afronta la muerte con toda su dramaticidad, así como cada uno la experimenta tras el pecado: fin de la vida, abandono de todo bien y de Dios mismo.

De esta maldición, en la que vive la angustia sin límites del anonadamiento, Jesús se remite con confianza filial en los brazos del Padre. Nunca desde la perdición absoluta se eleva a él la voz del Hijo. En esta voz cada hombre, que no puede huir más allá, invoca al Padre y vuelve a casa. Dios entró en todas las noches del hombre del hombre.

Nosotros, con los discípulos, estamos invitados a tener los ojos abiertos al dolor de Dios por el mundo: "Descansad y vigilad" (Mc 14,34). De aquí aprendemos a conocer quién es Dios.

La oración, de la que Jesús nos da ejemplo, es la fuerza para vivir la muerte, incluso violenta, como signo de obediencia al Padre de la vida.

El centro del relato es la lucha para pasar de mi “voluntad a la “suya”. Es la verdadera curación del mal originario del hombre, la vuelta de Adán a su relación filial con el Padre. Jesús, al hacerse pecado por nosotros (2Cor 5,21), vive en primera persona el miedo del pecador: confiar en Dios. La verdadera lucha es con él, que por el pecado consideramos enemigo. Por esto nuestra victoria es suya. El Hijo es quien cumple la voluntad del Padre. Por esto “en los días de su vida terrena ofreció oraciones y súplicas... y se convirtió en

causa de salvación para todos los que le obedecen" (Hebreos 5,7ss).

El miedo de ser matado no hace cambiar el itinerario de Jesús. Su vida está dominada por el miedo de la muerte (12,4), pero de la confianza en el Padre saca fuerzas incluso en la prueba extrema.

El monte de los Olivos junto con el templo constituyen el escenario de los últimos días de Jesús. En Getsemaní, la humanidad entera de Jesús dejará aparecer su esencia; es el Hijo de Dios, que se abandona al Padre y a los hermanos.

Los discípulos son llamados a seguirlo hasta el final: "Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones" (v. 28). La tentación de la que habla es la definitiva: perder la fe. Jesús indica su única fuerza para no sucumbir: la oración.

En el momento decisivo, el hombre se separa de todos y está solo ante Dios, su único interlocutor. De ordinario, los hebreos rezaban de pie. Pero delante de la muerte, Jesús se inclina ante el misterio de Dos. Así harán también sus discípulos (Hch 7,60; 9,40; 20,36; 21,5).

La palabra Padre traduce el arameo *Abbà* (Mc 14,36). Al fin de todo, queda como única fuente de vida para Jesús la confianza en el Padre, su principio. Este abandono filial al Padre, en el momento de la muerte es la fe la que salva. La

aceptación de la muerte es el acto más radical de fe que podemos hacer a Dios.

Jesús ha experimentado el terror y la angustia de la muerte, una muerte violenta, injusta, insensata en la que el inocente es colocado entre los malhechores (v. 37). En esta muerte de Jesús, el Hijo lleva sobre sí el pecado de los hermanos. Jesús sufre la decisión de beber esta cáliz, que contiene realmente todo el mal posible. Siente toda la repugnancia de la carne sellada por el pecado y dominada por el miedo de la muerte.

Jesús lleva en sí la maldición de todo pecado: la oposición entre nuestra voluntad y la de Dios. El que no conoce el pecado, no sufre sus consecuencias y vive en sí esta sufrimiento, más atroz que la misma muerte.

En la hora del miedo el Padre no nos deja solos. Envía a su ángel que infunde fuerza (Dn 3,49-50; 10, 18-19; 1Re 19,1-8; Hch 12,7-8). Nuestra debilidad es el vaso que contiene su valor. Por eso Pablo dice: "Me vanaglorio de mis debilidades, porque está en mí la fuerza de Cristo", y "cuando soy débil es cuando soy fuerte". De hecho, el poder del Señor se manifiesta plenamente en su debilidad (2Cor 12,9-10).

Agonía significa lucha. En el encuentro con la muerte cada hombre se siente perdido. Jesús ruega más intensamente, confiándose al Padre. La oración nos pone en comunión con el Padre de la vida. Por esto es la fuerza que vence a la muerte. Pero esta oración misma es lucha. Lucha

tremenda con Dios, percibido como el único y misterioso enemigo (Gen 32,23ss).

Después del pecado, Adán se ganaba la vida con el sudor de la frente (Gen 3,19). El nuevo Adán, Cristo, nos gana la vida eterna con el sudor de su sangre.

La oración nos da la fuerza de vivir la muerte como abandono en Dios, fuente de la vida. La oración vence a la muerte porque nos pone con el Hijo en los brazos del Padre que nos regenera. De este modo, la muerte no es la vorágine que nos engulle, sino el encuentro con el Padre que nos acoge en la vida eterna.

El relato está estructurado por la contraposición entre Jesús y los demás. Por una parte, está él. Está solo, rodeado de enemigos, traicionado por Judas, no comprendido por los suyos, capturado como un ladrón. Por la otra parte, hay un juego de dinero, espadas, palos y falsos besos: las cartas, con las cuales el enemigo echa siempre la partida de la historia humana. Dios, que es amor y don, viene al encuentro del hombre egoísta y abrumado por poseer. El bien se consigna al mal que lo toma. Así la luz entra en las tinieblas y la vida en la muerte.

En Lucas, tras Pedro, Judas es el único de los Doce llamado o nombrado por Jesús. Es signo de amistad. Incluso aunque lo traicione, sigue amigo. Es el único llamado “amigo” en esta situación (Mt 26,50). Lucas no dice que Judas besó al Señor. Refiere estas palabras de Jesús. Suenan a estupor y a maravilla. Un gesto que expresa todo bien se dirige a su contrario. El acto

con el que Judas consuma su traición es el mismo con el que Jesús expresa su afecto. Bien y mal se encuentran, corriendo en sentido inverso por la misma autopista.

Los discípulos no han entendido todavía las palabras sobre la espada (vv. 35-38). Están todavía en la lógica del enemigo. Jesús reacciona ante la violencia con amor, única fuerza capaz de vencerla, en lugar de multiplicarla. Hace cuanto nos ha mandado: "Amad a vuestros enemigos..." (6,27-38). No es como los zelotas que responden al mal con las mismas armas. Vence el mal con el bien (Rm 12,21). De hecho, el Hijo es misericordioso como el Padre, benévolo con los desgraciados y malvados (6,35-36).

La salvación que él trae consiste en hacer misericordia a todos, incluso a quien le hace el mal.

Usando la espada, los discípulos están todavía alineados con los enemigos.¡Cuántas defensas erradas de Jesús, que no entran en su Espíritu! Si la fe viene de la escucha (Rm 10,27), la espada de Pedro es figura de todos nuestros instrumentos pastorales que impiden la escucha y la fe, porque cierran las orejas en vez de abrirlas a la escucha de la Palabra.

"Ahora apartaos" son las últimas palabras de Jesús a sus discípulos antes de la resurrección. No aprueba la acción violenta. La espada no vence, sino que multiplica el mal. El poder y la violencia no sirven para el Reino. Antes lo retardan porque quitan al presunto enemigo la posibilidad de convertirse. El mesianismo de Jesús consiste en curar el mal haciendo el bien

(7,18-23; Hch 10,38). Este es el último milagro de Jesús. Es el signo más grande de su misericordia, cumplido en uno que está allí en primera fila para capturarlo.

Jesús es tratado de malhechor: es al justo a quien le toca cargar con la injusticia. El poder de las tinieblas no ama la luz. Actúa a escondidas y en la noche. La muerte de Jesús es la hora del enemigo, la cumbre del poder del mal. ¿Pero qué sucede en las tinieblas cuando se imponen a la luz?

En Lucas, después del arresto, toda la noche se ocupa de la negación de Pedro y por el mal trato de los soldados. Sólo por la mañana, después de que el discípulo hubiera dicho: "No soy", saldrá la revelación de Jesús que dice: Yo soy”.

La narración es todo un juego de miradas fijas en Pedro. En el arresto de Jesús reconocerá las dos verdades complementarias que constituyen el Evangelio: el propio pecado y su perdón.

Finalmente se conoce a sí mismo y a Dios. Perdiendo su identidad presunta, encontrará la auténtica: el amor de su Señor por él. Su llanto será el bautismo, que le purificará el corazón y le iluminará los ojos. De ahora en adelante Jesús no hará nada. Terminada la acción, comienza la pasión. El Hijo del hombre se convierte en un objeto en las manos del hombre. Es cogido, conducido, introducido y finalmente crucificado. Harán de él lo que quieran. Dios, en su amor humilde, se hace pequeño y se reduce a la

impotencia y se pone en nuestras manos. Y cargaremos sobre él todo el mal que nos enferma.

Pedro sigue a Jesús porque lo quiere mucho. Tiene cuenta del propio amor, pero todavía no de la propia fragilidad. "Dar la vida no es de la debilidad humana, sino del poder de Dios (s. Ambrosio). Lo seguirá en el martirio sólo cuando confíe en él en lugar de en sí mismo.

Por medio de una mujer y dos hombres, Pedro sufrirá tres tentaciones, como Jesús en el desierto. Perderá las escorias de la propia presunción y guardará el grano limpio: la fidelidad de su Señor, del que vive el justo.

Mientras Jesús desvela su identidad, Pedro encubre la propia: es un pecador por el que el Señor muere.

En verdad Pedro no conoce a este Jesús. Conoce a otro. El poderoso, el que hace milagros. No sabe todavía qué significa estar con este Jesús, impotente y llevado a la cruz. La primera tentación de todo creyente es la de no conocer o querer olvidar a Jesús crucificado (Gal 3,1; Fil 3,18). Muchos están con él hasta la multiplicación del pan. Después lo abandonan todos. El centro de la fe cristiana, el problema serio, es conocer a Jesús y estar con él, que es el Crucificado por mí.

Pablo escribe: "Me alegro de saber sólo de Cristo crucificado" (1Cor 2,2).

Le palabras de Pedro: "No soy" adquieren todo su sentido ante las de Jesús que dirá: “Yo soy” (v. 70). "Yo soy" es el nombre de Dios, aquel que

es; "no soy" es el nombre del hombre que no está con aquel que es. Pedro descubre su propia verdad. Es el “no soy”, el inexistente, si no está con aquel del que es imagen y semejanza.

Como una marea montante, la hostilidad en torno a Pedro crece hasta sumergirlo. Ahora Pedro declara su extrañeza absoluta en los encuentros con Jesús.

Solo Jesús vence las tentaciones (4,23). Nosotros caemos en todas. Pero sólo así comprendemos que necesitamos ser salvados, y sabemos que es el Señor quien nos salva. Nuestro pecado es la única vía a través de la cual experimentamos a Dios como misericordia.

Si Pedro no hubiera caído no hubiera entendido a Cristo que ha muerto por él.

No es Pedro quien se dirige a Jesús, sino Jesús a Pedro. El hombre es incapaz de dirigirse a Dios.

Jesús reconoce a Pedro aunque Pedro diga que no lo conoce. Su mirada compasiva no le reprueba nada. Sólo ante una mirada llena de amor, el hombre se hace libre. El hombre acepta su amor gratuito y sin condiciones.

"Pedro se acordó de la palabra del Señor. Es el inicio de su conversión. Es importante que Jesús haya predicho el pecado de Pedro. Sólo así Pedro puede comprender que Jesús sigue fiel aunque él haya sido infiel, porque Dios no puede negarse a sí mismo (2Tm 2,13). No hay otro medio para entender el Evangelio. Si Pedro no le hubiese negado, lo habría entendido que no será él quien muera por el Señor, sino el Señor por él.

Tan sólo como pecador el hombre puede salvarse y obtener lo sublime del conocimiento del Señor como amor y misericordia.

Pedro de aleja de Jesús. Como Adán, se sustrae de su mirada.¿Pero a dónde huir lejos de su mirada (Sal 139)? Nos ama hasta el punto de estar con nosotros sin condenarnos y juzgarnos, justo mientras es condenado y juzgado de nuestros miedos punto. La fe es aceptar su amor como propia identidad: "Hemos reconocido y creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor" (1Jn 4,16).

El llanto de Pedro es el fin de su falsa identidad. Su muerte de sí mismo es el recipiente que acoge su verdadera identidad: el amor que el Señor le tiene. Esta es la vida nueva, la vida eterna. Las lágrimas de Pedro son el bautismo de su corazón.

El hombre, aunque lo ignore, está constituido por su deseo natural de ver a Dios. Hecho a su imagen y semejanza, sólo en él encuentra la realidad de sí mismo. Ahora, finalmente, después del “no soy” del discípulo, se nos da la contemplación de ver en Jesús el verdadero rostro de Dios.

Dios, asumiendo en Jesús el rostro de todos los sin rostro, desvela su esencia escondida: amor misericordioso. Aquí, y no antes, se presenta el problema de la fe cristiana: creer en la debilidad de Dios. Aquí llega el Evangelio a su vértice:

vemos al Salvador, al Juez y a Dios mismo en el que condenamos, juzgamos y matamos.

La palabra "Yo soy” constituye el culmen de la revelación bíblica: muestra a todos quién es Jesús y quién es el Padre...Quien me ha visto a mí ha visto al Padre" (Jn 14,9). El Padre de las misericordias.

El Hijo del hombre está en manos de los hombres. La libertad está encadenada: La sabiduría se toma a risa. El poder se rompe La Gloria es velada. Pero esta velación u ocultamiento es su revelación total. El velo del templo esconde la majestad de Dios; el velo del mal del mundo lo revela como amor. Este rostro velado es Dios mismo que ha perdido su rostro por nosotros. Desde siempre Satanás nos ha ocultado el verdadero rostro de Dios. Ahora Dios hace de su máxima ocultación la manifestación definitiva. Pedro ha sido llamado a conocerlo en primer lugar. Jesús es el Siervo golpeado por el mal del mundo. De hecho ha cargado con nuestras miserias y sufrimientos: el castigo que nos da la salvación ha cargado sobre él (Is 53,4-5). No se ha sustraído a los insultos y salivazos; su rostro ha quedado duro como una piedra (Is 50,6-7). Calla y no dice quien es el culpable. Su silencio dice quién es Dios para nosotros: un amor que prefiere morir antes que acusar

La palabra de Cristo indica al rey, el que hubiera librado al pueblo. Jesús es salvador, pero no en cuanto Mesías político que elige el poder, sino en cuanto Hijo del hombre que se consigna a la impotencia de la cruz.

Los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas no quieren creer absolutamente en

Jesús. Para quienes no sirven de nada ni las preguntas ni las respuestas. El silencio de Dios, además del anuncio de su amor, es también denuncia de la incredulidad del hombre.

El Hijo del hombre recibe la gloria, el poder y el Reino y se sienta a la derecha de Dios en la misma cruz. Allí triunfa de sus enemigos y les corrige sus falsas esperanzas mesiánica.

El sanedrín está juzgando al juez supremo, pero su injusta condena a muerte de cruz será el juicio de Dios que da la vida a todos los injustos.

"Yo soy" es el testimonio lleno de Jesús. Dice su identidad:

Lo matarán precisamente por estas palabra "Yo soy".

La doble aparición ante Pilatos y Herodes muestra por contraste la realeza de Jesús y pone en crisis el ideal del hombre y la idea misma de Dios. De hecho, el rey es el hombre ideal, libre y señor de lo creado a imagen y semejanza de Dios. Ahora Jesús no revela que la libertad divina consiste en mar y su señoría en servir hasta la impotencia de la cruz. Su realeza es muy distinta de la del hombre (22,25ss). Lucas demuestra la inocencia política de Jesús. Es importante incluso para la Iglesia, que tiene que afrontar las mismas acusaciones y persecuciones del Maestro. Pero s

más importante todavía que su reino es la salvación.

Jesús nos había hablado del Reino presente en la historia como un pequeña semilla arrojada a la tierra. Es un reino insignificante, despreciado.

Es Jesús quien depone los tronos y nos da una imagen nueva de Dios, rey y hombre (7,18ss) (1,52)

La acusación es triple: pervierte al pueblo, impide pagar los impuestos al César y dice que Cristo rey. Pilatos se fija sólo en la tercera acusación porque podía amenazar al imperio romano. Los cristianos serán perseguidos por motivos políticos, pero su martirio no será testimonio de Jesús sino que será-como Jesús-por su inocencia política. Debe quedar claro que no buscan el poder del César ni lo pretenden.

Jesús reconoce que es rey, pero no como los de las naciones que dominan y se hacen llamar bienhechores (22,25ss). Será rey como siervo que ama.

Esta realeza es la de Dios (1,52). El Crucificado cambia la falsa de Dios sugerida por la serpiente y cambia el falso ideal del hombre, principio de todo. Nos revela el verdadero rostro de Dios y el del hombre. Es rey en cuanto testigo de la verdad, de la verdad que nos hace libres (Jn 18,37; 8,32). Jesús es declarado políticamente inocente por la autoridad romana. Jesús es crucificado como justo, solidario con los injustos.

Jesús llama a todos a la conversión y a la misericordia. Los acusadores, sin embargo, lo presentan como zelota, que eran galileos revoltosos contra l autoridad romana.

Pilatos, para librase de todo molestia, envía a Jesús a Herodes. El lo quería salvar. En aquellos días los enemigos de Jesús se encontraban en Jerusalén, reunidos contra el Señor y el Mesías (Sal 2,1).

Ya desde 9,9 conocemos el deseo de Herodes por ver a Jesús. No quiere convertirse, ni obedecer a la verdad, sino ver sus cosas extraordinarias. Simple curiosidad. Le interesaba el morbo más que la fe. "Esta generación es perversa que busca signos... (11,29).

Ante las muchas palabras del hombre, el Hijo del hombre no responde nada. El silencio es su respuesta a la maldad del hombre. Calla no por indiferencia o superioridad, sino por compasión a quienes lo acusan. Si respondiera a los acusadores injustos, estos tendrían motivos para darle muerte. Con su silencio carga sobre sí nuestra vida y nuestra muerte.

Jesús se manifiesta como verdadero rey e imagen de Dios. De hecho es libre y capaz de amar como el Padre.

Es el desprecio total. Es reducido a la nada. En su orgullo Herodes hace lo contrario de María que ensalza y magnifica al Señor. La realeza de Dios es impotencia y estupidez, objeto de escarnio. Herodes reconoce a Jesús como rey. Lo reviste con vestiduras blancas. Pero lo hace

para burlarse de él. Es tan orgulloso y egoísta que es incapaz de querer el bien, es un fracasado.

Cuando la enemistad entre ellos dos se hace amistad para ser enemigos de Cristo. La situación empeora.

El pueblo, por miedo a la autoridad, grita.¡¡CRUCIFÍCALO!!

Este relato tiene una gran sentido teológico. Aclara quién ha condenado Jesús y por qué, y explica el resultado y el significado de su muerte.

¿Quién ha condenado a Jesús? Todos, sin excluir a nadie. Todos han pecado. Cada uno ha prestado su mano a Satanás, verdadero autor de la muerte de Jesús.

¿Por qué lo hemos condenado? Sólo porque es el Hijo de Dios y no ha hecho ningún mal. Ha sido la envidia. Por ella entró el pecado en el mundo (Sab 2,24) y por ella el Hijo de Dios fue llevado a la muerte (Mc 15,10). Jesús, condenado como bueno por nuestra maldad, lleva sobre sí nuestro mal: "Cristo ha muerto una vez para siempre por nuestros pecados, justo por los injustos".

"Llevó nuestros pecados en su cuerpo" (1Pt 3,18; 2,24); "Nos ha rescatado de la ley, llegado a ser él mismo maldición por nosotros" (Gal 3,13); "El que no había conocido pecado, Dios lo trató por el pecado a favor nuestro" (2Cor 5,21).

¿Qué nos pasa a nosotros con esta condena? La justificación de nuestros pecados, la “gracia pascual” que nos da la vida no merecida en

lugar de la muerte merecida. Barrabás es la primicia. El Santo y el Justo muere en el puesto del pecador injusto.

¿Qué significa su muerte? Es claramente la muerte salvífica del Siervo de Yahvé. El da la vida por nosotros llevando sobre sí nuestra muerte. Es una muerte”vicaria”, en lugar nuestro. Revela el misterio del mismo Dios: amor que se hace condenar para estar con nosotros. Aquí Dios cumple un gesto más poderoso que el de la creación.

Ahora entra en escena también el pueblo, que antes era favorable a Jesús (19,48; 20,6.19.26.45; 21,3 8). Jesús muere por el pecado de todos aquellos que quieren su condena.

Pilatos declara por tres veces a Jesús inocente ante todos. Será matado sólo por su testimonio de la verdad. Los religiosos lo condenan como Hijo de Dios (santo) y los políticos como rey (justo). El pueblo se asocia gritando “Crucifícalo”. Por eso Pedro se dirige al pueblo diciendo:”Habéis negado al santo y al justo, y habéis pedido la gracia de un asesino y queréis que maten al autor de la vida" (Hch 3,14-15).

¿Por qué quiere Pilatos castigar a Jesús si no es culpable? Es un misterio de la sabiduría divina y de la estupidez humana. (Is 53,5).

Con ocasión de la Pascua el gobernador liberaba a un prisionero en recuerdo de la esclavitud de Egipto... La libertad de Barrabás es fruto de la condena de Jesús. El Justo muere por el injusto.

Barrabás (hijo del padre) es el nombre que se daba a los hijos de nadie o naturales. Se pone enfrente del Hijo del Padre. Y en el juicio de los hombres la balanza se inclina en su favor.

Pilatos tiene el poder de hacer el bien, pero no la libertad de realizarlo.

"Crucifícalo ". Es la voz de todos. Y es Jesús quien va al patíbulo de la cruz porque es maldito:. "Maldito quien pende del leño" (Dt 21,23; Gal 3,13). Del leño nos viene la bendición a todos.

Por tercera vez Pilatos declara la inocencia de Jesús. Lo condenan porque no ha hecho ningún mal...

Lucas no describe la flagelación. La nombra dos veces con el verbo “castigar”.

La multitud grita por tercera vez. En el primer grito había pedido la muerte del Hijo del Padre por la “vida del hijo de nadie". En el segundo pidió la crucifixión, consecuencia lógica de la liberación del malhechor. En el tercero se acentúa la petición de muerte.

La condena de Jesús está en que Pilatos la convalida. Querida por quien no podía decidirla, se decide por quien no la quería. Todos van contra Cristo. “Y Barrabás es agraciado". Es la gracia pascual: el Hijo del Padre toma el puesto del hijo de ninguno. La gracia concedida a todo hombre es fruto de la muerte de Jesús a favor de los pecadores (Is 53,5). "Hemos sido comprados

por el precio de la sangre de Cristo.." (1Cor 6,20; 1Pt 1,19).

Inicia la última etapa de la vuelta de Jesús al Padre. Es el camino del mártir hacia su patíbulo y del rey a su trono. El relato nos presenta tres instantáneas: el cirineo, las hijas de Jerusalén y dos malhechores. Son los tres modos del encuentro del hombre con el Hijo del hombre. En el cirineo vemos quién es el verdadero discípulo. En las hijas de Jerusalén quién es el verdadero pueblo de Dios. Son las personas que tienen hacia Jesús el mismo sentimiento que Jesús hacia ellas: la compasión. El Señor las invita a llorar por sí mismas, es decir, a convertirse.

En los dos malhechores crucificados con él, vemos a la humanidad entera ante la propia muerte. Como Simón de Cirene es solidario con la cruz de Jesús, así Jesús es solidario con la nuestra. Jesús es nuestro cirineo voluntario por amor.

Simón de Cirene, ciudad de Africa, es la persona más extraña al hecho porque se encuentra allí por casualidad. Lo que el cirineo es para Jesús, Jesús lo es por toda la humanidad.

En el cirineo, y en cuantos como él llevan el mal que no han hecho, continúa la historia de la redención del mundo. El cirineo, además , es

padre de Rufo y Alejandro (Mc 15,21), es padre de todos los cirineos de la historia.

En realidad, la cruz de Jesús no es suya, sino nuestra...

El pueblo antes gritaba: “¡Crucifícalo”! Ahora lo sigue camino de la crucifixión...La contemplación de la cruz es el lugar del conocimiento de Dios y de la conversión a él.

El mundo de las mujeres ya l anunciaba Zacarías: “Lo llorarán como se llora al primogénito" (Zc 12,10). Jesús es el Hijo único y amado (3,22; 9,35; 20,13), el primogénito de cada criatura (Col 1,15).

Mientras va a la muerte, Jesús no tanto siente su mal, sino el mal que hacen a sí mismos lo que lo crucifican. Las palabras dirigidas a la mujeres de Jerusalén son el signo máximo de su misericordia y la invitación a la conversión.

La muerte de Jesús es el fin del mundo viejo o antiguo y el inicio del nuevo. También la esterilidad, maldición por excelencia, deviene paradójicamente una bendición. Jesús les dice a la mujeres que lloren por sus hijos y escuchen su palabra. La desobediencia a Dios es la muerte del hombre.

Jesús, el fruto bendito del seno de María (11,27), lleva en sí esta maldición.

El leño verde es Jesús... Llevaba el pecado de las multitudes e intercedía por los pecadores" (Is 53,5-12).

Saliendo al Calvario, Jesús explica a las mujeres lo que sucede en su muerte. Uno de los malhechores, crucificado con él, lo entenderá. El leño verde sufre la suerte del seco. Los dos malhechores representan toda la humanidad con la que Cristo se ha hecho solidario para siempre.

Las primeras y última palabras de Jesús en la cruz se dirigen al Padre. Le pide perdón por los que lo han crucificado y pone en sus manos su vida...En el centro del relato está la solidaridad con los hermanos perdidos.

El relato nos presenta la realeza de Jesús, principio de salvación. Desde lo alto de la cruz el Señor cumple el juicio de Dios con los enemigos: perdona y da el Reino a los malhechores. Se comprende bien en qué sentido Jesús es rey y cuál es la salvación que trae. Es un rey que ejercita su autoridad en el servicio. Su único poder es amar hasta el fin.

En la cruz Jesús realiza el Reino que había anunciado al inicio (6,20-38). El es rey pero pobre, odiado, insultado..., pero ama a los enemigos, les hace bien, los bendice e intercede pro nosotros...y está dispuesto a sufrir para que todos alcancen la salvación. Esta realeza revela la gracia y la misericordia de Dios.

Jesús es mártir, testigo del amor del Padre para todos sus hijos. La cruz es justificación para todos los injustos y salvación del mundo. Toda teología de la liberación, para no caer en la idolatría y producir otra s alineaciones, debe tener en cuenta la cruz de Jesús...

"Sálvate a ti mismo" es el ritornello repetido en el Gólgota. No te aferres a tu egoísmo, origen de todo mal.

Deja que desaparezca la imagen de un Dios tremendo, que está en el origen de la muerte, juntamente con el ansia de tener, poder y de aparentar. La fuente que trae la salvación es Jesús con la reconciliación del hombre con el Padre.

Si los hombres hubieran sabido quién era Jesús no lo hubieran crucificado al Señor de la gloria (1Cor 2,8). En esta ignorancia nuestro pecado no se atenúa, sino que se evidencia: no conocemos al Señor de la gloria que crucificamos. Somos satánicamente ciegos ante el mal y al bien.

La salvación que el Hijo de Dios ha traído a la tierra parece no tener ninguna relevancia ni religiosa, ni política ni personal; en la cruz parece que todo acaba y vuelve lo anterior. Volvemos a la pérdida de fe, a la desilusión al imperio del mal, pero quien quiere ser consciente sabe que Dios nos salva. Hay que salir de las promesas egoístas para entrar en la perspectiva de Dios.

La contemplación del Crucifijo es el principio de la nueva sabiduría.

Salvarse a sí mismo de la muerte es el pensamiento principal del hombre. La salvación engañosa del egoísmo, que es nuestra y del

prójimo. Quien quiera salvar su vida la perderá. Sólo quien se pierde por amor, se salva a sí mismo y a los demás.

En v. 36 se remite al salmo 69,22: "Cuando tenía sed me dieron vinagre". La sed de Jesús es el deseo de darnos el agua de la vida (cf. Jn 4,10; Ap 21,6). Y nosotros le hemos dado a cambio el vinagre de nuestra muerte.

Los soldados manifiestan el modo de pensar común para cada hombre: el rey es el que vence con la fuerza y hace morir a los demás.

El escrito sobre la cabeza de Jesús es una cosa extremadamente seria. Jesús es el rey de los judíos. Su dominio es el del amor: "Cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn 12,32).

El malhechor bueno, el buen ladrón, ve en la cruz una novedad. El otro, sin embargo, no quiere reconocer a Dios.

Muerte de Jesús

La escena de l muerte de Jesús, según Lucas, contiene varias particularidades respecto Mateo y Marcos. Las principales son las siguientes: en vez de la cita del salmo 22 relativas a Elías, encontramos el salmo 31; el velo se rompió antes

de su muerte; el centurión lo proclama justo; las multitudes se golpean el pecho.

Las breves anotaciones de lo que viene a continuación subrayan su visión cósmica salvífica. Al crucificarlo se vuelve al inicio de la creación con el caos y tinieblas. La oscuridad de la tierra es también señal de luto. Es el llanto de las criaturas por su Señor. La ruptura del velo del templo significa que Dios no está cerrado al hombre. Cesa la antigua alianza que denuncia el pecado e inicia la nueva que anuncia el perdón.

Muriendo, Jesús se abandona al Padre. Su muerte es la exaltación llena de Dios. En el justo que muere con los injustos se hace presente el amor de Dios.

Esta muerte es un “espectáculo” (v. 48), visión de la esencia de Dios que se manifiesta en la esencia de Dios: misericordia para el hombre. El Crucifijo es la visión de Dios en la que hay una manera nueva de vivir y ser.

Los seguidores de Jesús y las mujeres representan el inicio de la Iglesia, pequeña, débil e impotente como su Señor. Reunida a los pies de la cruz, recoge el fruto de la compasión de Dios por el mal de los hombres.

"Abbà, Papà"= venimos del Padre y vamos al Padre. Nuestra muerte es la vuelta al Padre. casa.

El centurión es la persona espiritualmente más lejana. Ahora glorifica a Dios. Gloria indica la sobreabundancia de la belleza de Dios. Glorificar a Dios significa reconocerlo. En la muerte de Jesús vemos la gloria de Dios, todo su amor por nosotros.

En su nacimiento los ángeles glorificaban a Dios en el cielo (2,13-14). En su muerte los hombres pecadores lo glorifican en la tierra, primero entre todos el responsable directo de su crucifixión.

La muerte de Jesús es el inicio de la conversión pentecostal.

La vida de Jesús se abre y cierra entre dos grutas, la del nacimiento y la muerte. Es la humildad de Dios. Es parecido a nosotros que venimos de la tierra y volvemos a ella. Su cuerpo en tierra es la semilla que dará el fruto de la vida. El Mesías no salva de la muerte, sino en la muerte. Las primeras palabras dirigidas por Dios al hombre pecador fueron: "Hombre, ¿dónde estás?" (Gen 3,9). Aquí reúne al hombre porque ya no puede huir a otra parte. La tumba donde duermen todos los hijos de Dios se convierte también en la tumba de Dios.

La bondad consiste en no seguir el consejo de los impíos (Sal 1,1). José formaba parte del

sanedrín, pero no estaba de acuerdo con el parecer y las acciones de sus colegas

Según la Escritura todo condenado es inmundo. "Su cadáver no puede quedar toda la noche al aire libre, sino que hay que sepultarlo el mismo día. El cuerpo es la bendición prometida por Abrahán a todas las gentes

María engendró a su hijo primogénito. Y José lo cogió de la cruz, lo envolvió en lienzos y lo puso en el sepulcro.

Son los primeros y últimos cuidados que las manos de una mujer y de un hombre prestan a Dios.

La sepultura de Jesús se apresuró a causa del sábado inminente. El sepulcro de Cristo es el cumplimiento de la creación. Sella el inicio del gran sábado definitivo, del día único sin término, en el que Dios ha terminado su obra. Ahora cada hombre ha encontrado su casa: Dios en el hombre y éste en Dios.

2 abril 2007

Jn 12,1-11

En este relato se centra el contraste entre la generosa demostración de amor de María y la irritación de Judas Iscariote.

Jesús había estado antes en Betania algún día antes de resucitar a Lázaro y se alejó después de la decisión del sanedrín para matarlo. Ahora la familia de los amigos celebra una cena en honor de Jesús. María, ungiendo los pies de Jesús, hace un gesto de exquisita cortesía, según la costumbre judaica, como signo de homenaje al huésped.

Una libra corresponde a 330 gramos y el precio de 300 denarios al estipendio de 300 jornadas laborales.

La intervención de Judas resalta la fe y el amor de María por el Señor. Esta mujer, en un gesto de generosidad, se prodiga en un gesto de ternura sin tener en cuenta el precio, al contrario de Judas Iscariote que con su protesta manifiesta la rabia de su corazón. No se preocupaba de las necesidades de los pobres, sino que deseaba que aquella cantidad fuese a su caja común de la comunidad de Jesús, de la que era administrador (v. 6).

"Dejadla que lo haga, porque lo conservó para el día de mi sepultura" (v. 7) Con esta frase Jesús quiere explicar que el gesto de la mujer tiene un significado profético, porque preanuncia la unción de su cuerpo antes de la sepultura.

"Los pobres estará siempre con vosotros". Con estas palabras Jesús no quiere descuidar la asistencia y el socorro a los pobres, sino recordar el primado que se debe reservar en toda circunstancia de la vida.

Con la frase "no siempre me tenéis a mí" (v. 8) evidentemente Jesús habla de su vida terrena que tendrá término en algún día. Su presencia

como resucitado, invisible pero real, no cesará nunca (cfr Jn 14,16; Mt 28,20).

Ante este comportamiento del pueblo que cree en Jesús, la reacción de los sumos sacerdotes escucha a la multitud, porque decretan matar también a Lázaro para que su testimonio desaparezca, tan elocuente a favor de la divinidad de Jesús. La obstinación de los jefes en el mal llega al paroxismo.

3 abril 2007

Jn 13,21-33.36-38

Jesús había ya hablado de modo enigmático del amigo íntimo que lo traicionaría (cfr Jn 13,18), pero ahora que denuncia claramente el traidor es tomado por una turbación profunda. Esta denuncia declara así que tan denuncia del traidor provoca una gran consternación en el grupo de los discípulos: ignoran de quién está hablando Jesús.

El discípulo “al que amaba Jesús” (v. 23) se encontraba en la mesa al lado del Señor. Según el uso greco-romano, difundida también en Galilea, los comensales estaban sentados en sus sillas apoyándose en la parte izquierda, mientras que con la mano derecha tomaban las comida y las bebidas.

En este relato aparece por primera vez en escena este discípulo innominado, del que se

hablará también en el evangelio: en el relato de la muerte de Jesús (19,26 ss), en la apertura dela tumba vacía (20,2ss) y en el relato de la pesca milagrosa (21,7).

Jesús acoge la pregunta del discípulo y le indica al traidor. Satanás entró en el corazón de Judas después de que estos han comido la comida ofrecida por Jesús. El enemigo de Dios se impuso al traidor, sumergiéndolo en las tinieblas de la incredulidad y del odio, hasta la consumación del delito más grande: la muerte del Hijo de Dios (19,11).

Con la entrada de Satanás en el corazón de Judas, se precipitan los eventos; por esto Jesús exhorta al traidor que actúe según el designio criminal. El traidor sale de la luz, abandona a Cristo luz del mundo (8,12) y se sumerge en las tinieblas de la noche (v. 30). En el corazón de Judas se ha perdido la luz de la fe; en él reinan las tinieblas de la incredulidad y del odio. Es de noche.

Apenas el traidor salió, Jesús abre el corazón a sus amigos que lo rodean. Es consciente de estar en la vigilia de su muerte y por esto se apresura en explicar su verdadero de su pertenencia por este mundo. Su muerte en cruz no es un fracaso, sino su triunfo, la glorificación y su retorno al Padre. Con su pasión y muerte Jesús sigue con obediencia heroica el plan de salvación querido por el Padre y demuestra hasta qué punto ama a Dios y a los hombres.

A través de la glorificación de Jesús se cumple también la glorificación del Padre. El Padre es

glorificado por el Hijo con la exaltación de Jesús en el trono real de la cruz. Desde este trono Jesús manifiesta en plenitud su divinidad (8,28) y atrae a todos hacia sí (12,32).

El apelativo “hijitos” (v. 33), usado por Jesús, expresa todo el amor y la confianza para sus discípulos. Jesús advierte a sus amigos que está para dejarlos. En este momento no pueden seguirlo; lo harán más tarde.

La vuelta de Jesús al Padre no es un viaje de placer, sino de dolor: alude a su pasión y muerte. Pedro en el momento actual no está en grado de imitara Jesús, a pesar de su profesión de fe hasta el sacrificio de la vida; lo seguirá con la cárcel y la muerte.

Dada la insistencia de Pedro por afirmar su fidelidad en Jesús hasta el sacrificio de la vida. El Señor le predice en seguida la negación. La referencia al canto del gallo quiere indicar con claridad que Pedro negará tres veces a Jesús en aquella misma noche.

4 abril 2007

Mt 26,14-25

Judas, no habiendo podido vender el dinero del ungüento (Mt 26,8-9), ha recurrido a vender a

Jesús al precio de un esclavo (cfr Es 21,32): treinta denarios. Pésimo comerciante. "El apego al dinero es la raíz de todos los males" (1Tm 6,10).

L'indeterminación de la indicación: "Id a la ciudad, por un tal…" (v. 18) es querida por Jesús para no dar indicaciones al traidor antes del tiempo establecido.

Es ante todo en la comunidad de los discípulos donde se juega la pasión de Jesús: es ahí donde se "consigna" dando su cuerpo y su sangre.

Al anuncio de la traición por parte de uno de ellos, los discípulos se entristecen profundamente. Cada uno se impresiona por este anuncio porque cada uno se siente capaz de traicionar, como lo evidencia su pregunta: "¿Soy quizá yo, Señor?" (v. 22) tiene en Judas un eco distinto y significativo: "Rabbì, ¿soy yo quizá? (v. 25). Para 11 discípulos Jesús es el Señor, para Judas es un simple maestro de doctrina.

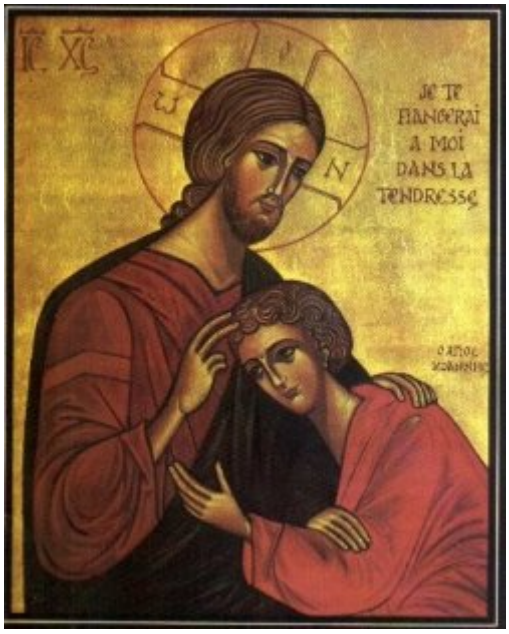
A Judas Jesús responde como responderá al sumo sacerdote (v. 64) y al gobernante Pilatos (27,11): "Tú lo has dicho" (v. 25). Es el hombre el que se juzga a sí mismo a través de su relación con Cristo: "Ya que en base a tus palabras serás juzgado y condenado" (Mt 12,37).

La lamentación de Jesús sobre Judas (v. 24) no es una profecía sobre la condena final del traidor, sino una invitación a cada uno a examinar la propia conciencia. *"Todos nosotros, tal como somos, podremos insertar en el evangelio nuestro nombre en el puesto de Judas"* (J. Green).

5 abril 2007

Jn 13,1-15

JUEVES SANTO



Juan abre la narración de la pasión y muerte de Jesús presentando el gesto profético del Lavatorio de los pies con el se simboliza la donación del amor del Hijo de Dios con el servicio de su vida, mediante la humillación suprema de la cruz.

El Lavatorio de los pies representa la pasión y la muerte de Jesús, el acto extremo de amor de

Jesús por los suyos. Este servicio de lavar los pies, que podía hacerse sólo por los esclavos no hebreos, preanuncia el anonadamiento de la cruz, suplicio reservado a los esclavos.

Esta fase final de la manifestación del Cristo se inicia poco antes de la fiesta de Pascua.

La hora de Jesús es el paso de la tierra al cielo, la vuelta al Padre del que había salido (v. 3). Con la muerte, Jesús va al Padre (cfr Gv 17,13). Cristo ha sido enviado al mundo por amor del Padre para salvar a la humanidad pecadora (cfr Jn 3,16-17; 12,47)y para iluminar las tinieblas del mal (cfr Jn 3,19; 12,46): ahora, cumplida su misión, deja el mundo y se va al Padre (cfr Jn 16,28).

Este paso de Jesús a través de la muerte y pasión, representa la prueba suprema de su amor por sus discípulos (v.1): la expresión más alta del amor está constituida por el sacrificio de la vida por nuestros amigos (cfr Jn 15,13). Jesús, nuevo pastor, ha dado la vida por sus ovejas (cfr Jn 10,11.15). Esto significa “amar hasta el final”» (v. 1).

En la cruz se ha consumado el sacrificio del amor del Hijo de Dios; por esto Jesús, antes de estar con el jefe y recurrir al Espíritu, exclamó: «Todo se ha cumplido» (Jn 19,30). Este verbo (en griego: *tetélestai*) indica la expresión “hasta el fin” (en griego: *eis télos*) de Jn 13,1 y forma una gran inclusión de los capítulos 13-19 del evangelio de Juan.

Os eventos finales de la revelación suprema del amor de Jesús por su comunidad deben verse a esta luz de la perfección del amor del Hijo de Dios por los suyos. El Lavatorio de los pies preanuncia simbólicamente este servicio supremo de amor de Cristo por su Iglesia.

Este gesto profético sucede durante la última cena. Pablo y los otros evangelios nos cuentan que en esta ocasión Jesús instituyó la eucaristía (cfr 1Cor 11,23ss; Mc 14,22ss e par.). Juan, en el contexto de la última cena, no reseña ni siquiera tal acontecimiento. El tema de la eucaristía ya lo había tratado ampliamente en el capítulo 6.

El Lavatorio de los pies simboliza la hora de Cristo, esto es. El don supremo de su vida a favor de sus amigos con la muerte humillante en la cruz. El «despoja sus vestidos”» (v. 4) llama la atención al despojo del alma>> (cfr Jn 10,11.15.17): el buen Pastor da la vida a favor de sus ovejas.

Simón Pedro rechaza recibir de Jesús el servicio del Lavatorio de los pies. Entre los hebreos este servicio se reserva a los esclavos paganos; el patrono no podía exigirlo de un esclavo circunciso. En tal contexto social se entiende plenamente la objeción de Pedro: es inaudito que el Señor cumpla un servicio tan humillante.

La respuesta misteriosa de Jesús: «Lo que hago...lo entenderás en seguida» (v.7) no es de fácil comprensión. De hecho, Pedro no se pone del lado de la respuesta de Jesús y se obstina en su rechazo. Jesús le responde que tal rechazo lo excluye de la participación en su vida.

La expresión «tener parte» indica la herencia de la tierra prometida(cfr Dt 12,12; 14, 27.29) y la vida de comunión con el Señor (cfr Dt 10,9). En este contexto expresa la vida de amistad profunda del discípulo con el Hijo de Dios. Jesús le hace saber a Pedro que, rechazando su humilde servicio, se separa de su Señor, porque no acepta su sacrificio redentor, simbolizado por el Lavatorio de los pies.

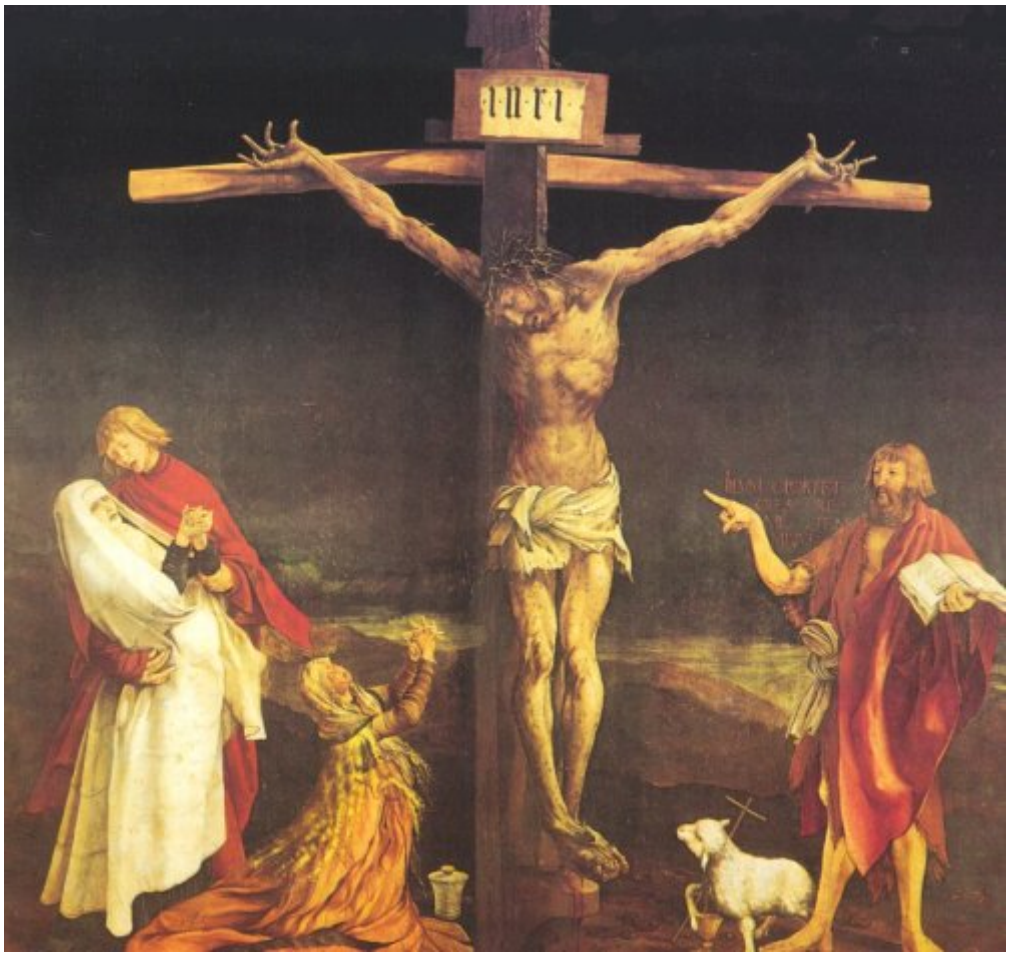
Ante esta perspectiva Pedro se declara dispuesto a lavarse los pies y otras partes del cuerpo. Jesús le dice que no le hace falta el baño a los puros. La respuesta indica la limpieza del corazón de la incredulidad y del pecado. En Juan 15,3 la purificación de los discípulos representa la relación con la palabra revelada de Cristo y escuchada por ellos, por tanto da a entender que tal limpieza espiritual es fruto de la fe. Esta explicación se sugiere en referencia a la traición de Judas: no todos los apóstoles son puros, porque entre ellos hay un incrédulo, el traidor (vv.10-11).

Jesús, al término del Lavatorio de los pies, puede exhortar, con la fuerza del ejemplo, los discípulos están al servicio de la comunidad cristina. Jesús les invita a que sigan su ejemplo (v. 14).

Si el Hijo de dios se ha rebajado tanto por amor a sus discípulos, con mayor razón estos deben servirse recíprocamente. Jesús ha dado ejemplo que los discípulos deben imitar: amarse como él los ha amado (Jn 13,34; 15,12).

6 abril 2007

VIERNES SANTO



Lectura de la Pasión según san Juan (Jn 18,1 --- 19,42

Como quiera que he tratado despacio, la Pasión según san Lucas, aquí haré simplemente una reflexión.

Primera: Is 52,13-53,12; Segunda: Hb 4,14-16; 5,7-9; Evangelio: Pasión de nuestro Señor Jesucristo según San Juan

A - Celebración de la Pasión del Señor

Sagrada Escritura

Primera: Is 52,13-53,12
Segunda: Hb 4,14-16; 5,7-9
Evangelio: Pasión de nuestro Señor Jesucristo según San Juan

Nexo entre las lecturas

La Pasión del Señor según San Juan nos presenta, sobre todo, la "exaltación de Cristo". En la Cruz, Cristo reina, Cristo es exaltado, Cristo triunfa del pecado y del diablo (EV). Por eso, hoy no es un día propiamente de luto sino es un día en que se celebra el amor de Dios por el hombre, amor que llega a su más alta expresión " Dios no perdonó a su Propio Hijo, sino lo entregó por nosotros"(Rom 8,32). Hoy el corazón se detiene a contemplar cómo el Hijo Unigénito de Dios, consubstancial al Padre, eterno como el Padre, habiéndose encarnado nos da la máxima prueba de amor: el morir por nosotros, pues en verdad "Nadie tiene mayor amor que aquel que da la vida por sus amigos" (Juan 15, 13). "El castigo que nos devuelve la paz cayó sobre él y por sus llagas hemos sido curados. Todos errábamos como ovejas sin pastor y Él cargo la iniquidad de todos nosotros" (Is. 53,5) (1L). Es decir, que Cristo ha pagado por mis pecados y en eso hay una prueba grande de su amor por mí. Jesucristo sumo Sacerdote que ha penetrado en los cielos, es capaz de compadecerse de nuestras flaquezas. Él es autor de nuestra salvación eterna (2L).

Mensaje doctrinal

1. *El siervo de Yahveh.* El cuarto cántico del siervo de Yahveh es un momento culminante de la revelación del Antiguo Testamento. Se trata de la interpretación de la historia de Israel como expiación vicaria y redentora en favor del resto, en favor de la comunidad judaica y de todos los pueblos de la tierra. En verdad se trata de un mensaje jamás escuchado y que no aparecerá nuevamente en el Antiguo Testamento. Es verdad que aquellos que eran considerados “amigos de Dios” solían interceder en favor de su pueblo. Abraham intercede por los pecados de Sodoma y Gomorra; Moisés pasa cuarenta días y cuarenta noche ante Dios haciendo penitencia por el pecado de su pueblo y pidiéndole que no lo destruya; el profeta Jeremías sufre grandes penalidades en favor del pueblo y de los desterrados. Sin embargo, ninguno de estos personajes sufre como el misterioso siervo de Yahveh. El sufrimiento de este siervo es claramente un sufrimiento vicario: “el castigo que nos trajo la paz cayó sobre Él y por sus llagas hemos sido curados”. La imagen del siervo es desoladora y podría causar una profunda tristeza, sin embargo, la contemplación se detiene en los frutos del sacrificiodel siervo de Yahveh: se trata de llegar a conocer que ha sufrido “por nosotros”, a favor de nosotros, en lugar nuestro, que su vida ha sido una expiación vicaria y que a causa de él tenemos la paz y hemos sido salvados. Ciertamente en Cristo vemos la realización más completa y plena de esta figura del Siervo doliente. En Él tenemos la salvación de nuestros pecados. La vida, el sufrimiento, la muerte del Siervo de Yahveh son el único medio para reconciliar a Dios con los hombres. Abandonándose en las manos de Yahveh, el siervo ha obtenido aquello que no habían obtenido los sacrificios rituales de Israel o los sacrificios a la divinidad de los gentiles. El siervo de Yahveh tendrá por ello una grande fecundidad, una gran descendencia. En el momento de la

mayor oscuridad es, paradójicamente, el momento del triunfo del siervo de Yahveh: justificará a muchos, será fecundo. En Cristo crucificado vemos el cumplimiento cabal de la profecía del siervo doliente.

Sugerencias pastorales

1. *El amor a la cruz.* Cuando el peso de nuestros pecados o de los pecados del mundo nos abrume, cuando sintamos la fragilidad de ser humanos y veamos que llevamos el tesoro en vasijas de barro, miremos a Cristo que en su Cruz nos revela el amor del Padre: “Quien ha visto a Cristo ha visto al Padre”. Jesús cruzó una mirada con Pedro después de sus negaciones y Pedro lloró y Pedro se rehizo. Dios quiere que nuestra vida viva no quede atenazada por el miedo o por el pecado. Dios quiere que cumplamos nuestra misión aun en medio de nuestra fragilidad humana, para que quede patente que poder tan extraordinario viene de Dios.

Cuando sintamos la soledad, el dolor, las penas íntimas del alma, y asome a nuestros labios el lamento: "Dios mío, Dios mío ¿ por qué me has abandonado? ¿por qué me has olvidado? ¿Por qué ya no cuidas de mí?" hemos de volver a la Cruz de Cristo y saber que Él, se ha hecho solidario con todas mis cruces y que él me acompaña hasta la consumación de los siglos, en todos los momentos de mi vida, especialmente en los más difíciles.

Cuando la desesperación quiera tocar a nuestra puerta, hemos de recordar que El Señor es fiel a su Palabra, a su Alianza y no me olvida, no me abandona. “¿Podrá una madre olvidarse de su hijo? Pues aunque ella se olvide yo no te olvidaré”. ¡Qué estupor el descubrir nuevamente el valor de mi cruz como prueba de la amistad de Cristo! El valor de la cruz que hago sobre mi frente cada mañana. El

valor de la cruz que yo como sacerdote realizo para perdonar los pecados "in persona Christi". El valor de la cruz que como religioso es lo único que puedo llamar propiamente mío.

La comprensión de la cruz sólo requiere humildad, no es cuestión de sabiduría o de edad, sino de sencillez, como lo muestra el caso de tantos pequeños que en medio de sus años infantiles son capaces de actos heroicos como son los niños de Fátima. "Sólo los humildes saben doblar la espalda bajo el peso de la cruz y sólo en ellos la cruz realiza esa acción de purificación del pecado".

La meditación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo ha sido y sigue siendo fuente de santidad cristiana y camino de conversión profunda para los hombres. Hoy, en medio de esta sugestiva liturgia del Viernes Santo austera y expresiva a la vez, nuestra alma se postra _como lo hicieran los ministros al inicio de esta ceremonia_ se recoge para orar, para adorar a Cristo en cruz, principio de nuestra salvación . Así como el Santo Padre, en su reciente peregrinación a Tierra Santa, quiso permanecer unos minutos más en el Santo Sepulcro, así también nosotros hoy nos detenemos, para estar con Cristo en el Calvario, y comprender, si cabe, el amor de Dios por nosotros.

7 aprile 2007

SÁBADO SANTO

8 abril 2007

Jn 20,1-9

María Magdalena se queda en el sepulcro para permanecer junto a la tumba de Jesús, como una persona que no quiere separarse de aquel a quien ama intensamente incluso después de su muerte. Esta discípula está animada por un fuerte amor humano por Jesús como demuestra elocuentemente el llanto inconsolable junto al sepulcro del Señor.

La anotación “mientras estaba todavía oscuro” podría tener un significado simbólico, para indicar las tinieblas provocadas por la ausencia de

Jesús. Pero pronto aparecerá Cristo-Luz que ilumina el mundo y será contemplado por primera vez por María Magdalena.

La Magdalena, junto al sepulcro, constata que la piedra de la tumba de Jesús está movida y, pensando corre e Pedro y al discípulo que Jesús amaba.

El discípulo amado corrió más rápido que Pedro y llegó primero al sepulcro, quizá porque era más joven; no es improbable que este detalle quiera insinuar un mayor amor por Jesús. De hecho, si correr es propio de quien ama, corre más velozmente quien ama más.

El discípulo amado llegó primero a la tumba, pero no entró y se limitó a inclinarse y a ver los lienzos por tierra. Esperaban a Pedro para entrar en el sepulcro. Quizá con este gesto se quiere insinuar el primado de Pedro. En el capítulo siguiente encontraremos la escena de la entrega del primado pastoral a Pedro (Jn 21,15ss).

Pedro entró en el sepulcro y vio los lienzos por tierras como lo había visto el otro discípulo, pero vio también el sudario que había cubierto la cabeza de Jesús, doblado por una parte. Tal constatación suscitó la fe en el discípulo amado.

La presencia de dos hombres para testimoniar la verdad del sepulcro vacío responde a las exigencias del derecho hebreo según el cual para la validez de un testimonio debe haber al menos dos testimonio oculares (Dt 19,15; Mt 18,16; 2Cor 13,1ss).

La asociación entre el ver y el creer (v. 8) formará una de las temáticas centrales de la segunda

parte de este capítulo, donde Tomás pretenderá ver para creer (v. 25) y el Resucitado responderá a su pregunta, proclamando felices a los que crean sin haber visto (v. 29).

El discípulo vio y creyó en la Escritura que predecía la resurrección de Jesús (v. 9). La ignorancia de la Escritura en la parte de los discípulos implica una cierta dificultad para creer (Jn 20,8; 1,26; 7,28; 8,14).

"En la Iglesia que va a la búsqueda de los signos hay diversos temperamentos, diversas mentalidades: es el afecto de María, la intuición de Juan, la lentitud de Pedro; se trata de diversos tipos, familias de espíritus que buscan signos de la presencia del Señor. Pero todos, si están verdaderamente en la Iglesia, tienen en común el ansia de la presencia de Jesús entre nosotros. Existen por tanto en la Iglesia diversos dones espiritual, de los que tienen origen distintas disposiciones: algunos son más veloces, otros más lentos; todos se ayudan en la historia, respetándose recíprocamente para buscar juntos los signos de la presencia de Dios y comunicárselos, no obstante la diversidad de las reacciones frente al misterio. En este episodio encontramos el ejemplo de la colaboración en la diversidad: cada uno comunica al otro lo que ha visto, y juntos reconstruyen la orientación de la existencia cristiana, ahí donde los signos de la presencia del Señor, frente a las graves dificultades o situaciones, parecen haber desaparecido… Cuando falta la presencia de los signos visibles del Señor, es preciso correr, buscar, comunicarse con los otros, con la certeza de que Dios está presente y nos habla. Si en la Iglesia primitiva Magdalena no hubiera actuado

de tal modo, comunicando lo que sabía, y si no nos hubiésemos ayudado los unos y los otros, el sepulcro hubiera quedado allí y ninguno hubiera ido; hubiera quedado inútil la resurrección de Jesús.

Solamente la búsqueda común y la ayuda de los unos a los otros llevan finalmente a encontrarse juntos, reunidos en el reconocimiento del Señor" (C. M. Martini, El evangelio según san Juan, Roma 1980, 157-158).

9 abril 2007

Mt 28,8-15

Las mujeres siguen el encargo recibido del ángel. Al miedo sigue la alegría del que vence al miedo y caracteriza el sentimiento pascual. El temor de Dios fulmina (Mt 28,4) o da alegría (Mt 28,8) según el corazón en el que habita.

Las mujeres han cultivado el mensaje del ángel. Esta revelación le envía en misión: deben transmitir la palabra de la vida que ya las llena de alegría. Ellas han dado un admirable ejemplo de fidelidad, dedicación y amor a Cristo en el tiempo de su vida pública y durante su pasión; ahora son premiadas por Jesús con un gesto particular de atención y de predilección. Su comportamiento sintetiza la adhesión de verdadero creyente ante Cristo.

Jesús mismo va a su encuentro y les da el deber de ser apóstoles de los apóstoles: " Id y anunciad a mis hermanos…" (v. 10).Son enviadas por el Resucitado y comprendieron,, al menos confusamente, el sentido de la Pascua, mientras los guardias van a avisar a los sumos sacerdotes sobre lo acaecido, pero ignoraban el sentido.

Este anuncio llevado de los guardias a los jefes del pueblo de Israel es el signo de Jonás que Jesús les había prometido en Mt 12,38-40.

Los sumos sacerdotes hacen un consejo con los ancianos que extrañamente se asemeja al que preludiaba la pasión (Mt 26, 3); también aquí apunta el dinero: como la muerte de Jesús había sido tasada por dinero, así también su resurrección.

Al mensaje cristiano, que las mujeres comunican, ellos contraponen un antimensaje, que los soldados encargados deben transmitir: el mensaje cristiano de la resurrección es una mentira puesta en escena por los discípulos con el robo del cadáver. Pero los testimonios que duermen en el momento del hecho no tienen ningún valor.

Los guardias divulgan entre los judíos esta lección aprendida y pagada por bien por los maestros. Así la muerte y la resurrección de Cristo continúan siendo “hasta hoy” la cuestión crucial de la historia, partiendo de la cual todos los hombres de cada tiempo deben hacer una elección libre y decisiva.

10 abril 2007

Jn 20,11-18

Después de haber constatado la tumba vacía, Pedro y el otro discípulo volvieron al cenáculo: allí los encontrará Jesús la tarde del mismo día. Los dos discípulos dejan el lugar de la tumba, pero María permanece junto al sepulcro y lloraba. A los ángeles que le piden la razón de su llanto, ella responde: "Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto" (v. 13).

En este punto entró en escena Jesús, fuera del sepulcro, de pie, pero María no lo reconoce. No sólo aquí sino también en el relato de la pesca milagrosa el Resucitado no es reconocido inmediatamente. Jesús se da a conocer a María llamándola por su nombre: es el buen pastor que conoce a sus ovejas y las llama por su nombre (cfr Jn 10,3-4. 27). María, apenas siente su nombre, reconoce a Jesús y le dice: "Rabbonì" que significa “Mi Maestro”.

Mateo narra que las mujeres piadosas abrazaron los pies de Jesús, apenas lo encontraron (Mt 28, 9). Juan entiende un gesto semejante por parte de Magdalena, porque el Resucitado le dice: "No me toques, pues todavía no he salido al Padre" (v. 17). Por tanto Jesús confía a la discípula una misión para sus discípulos: anunciarles que está por subir al Padre. Los discípulos son hermanos de Jesús, por eso Dios es el Padre de los creyentes en Cristo.

María Magdalena sigue la orden confiada por el Resucitado, anunciando a los discípulos: "He visto al Señor" y recordando lo que le había dicho

(V. 18). Este alegre mensaje CONSTITUYE EL VÉRTICE DE TODO EL RELATO Jn 20,1-18. Está abierto con la exclamación dolorosa: "Se han llevado a mi Señor" (v. 2) y se concluye con una explosión gozosa: "He visto al Señor" (v. 18).

El encuentro de Jesús con la Magdalena y el anuncio hecho por ella a los hermanos encierran un gran mensaje para el discípulo de todos los tiempos: el Señor está vivo y cada uno debe buscarlo en el camino de la fe, seguro de que hará su parte, y el Seño no tardará en venir al encuentro para darse a conocer.

Un monje del siglo XIII describe este encuentro entre Jesús y María, poniendo en la boca de Jesús estas palabras: "Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Al que buscas, ya lo posees y no lo sabes? Tienes la verdadera y eterna alegría y todavía lloras? ¿Esta alegría está en lo íntimo de tu ser y todavía lo buscas fuera? Estás ahí, fuera, llorando junto a la tumba: tu corazón es mi tumba. Y en él no estoy muerto, sino que descanso vivo para siempre. Tu alma es mi jardín. Tienes razón en pensar que fuese el jardinero. Soy el nuevo Adán. Trabajo en mi paraíso y vigilo todo lo que sucede. Tus lágrimas, tu amor, tu deseo, todas estas cosas son obra mía. Me posees en lo más íntimo de ti misma sin saberlo y es por esto por lo que me buscas fuera. Y también fuera me apareceré y te haré volver a ti misma para hacerte encontrar a ti misma y hallar al que buscas" (Anónimo, *Meditaciones sobre la pasión y resurrección de Cristo*, 38: PL 184, 766).

11 abril 2007

Lc 24,13-35

Este episodio es una página ejemplar para mostrarnos cómo el Señor resucitado está presente aún hoy en nuestra vida de creyentes y cómo podemos encontrarlo. Los dos viandantes son figura de la Iglesia. Ella cambia el corazón, dirigido y en camino cuando se encuentra con su Señor en la Palabra y en el Pan.

Centro de la narración es Cristo muerto y resucitado ante el cual cada hombre "está sin cabeza y lento de corazón para creer" (v. 25).

Podremos también nosotros, como las mujeres y Pedro, ir al sepulcro. No está allí el Viviente. Y para el camino del mundo en busca de los hermanos descarriados. Los sigue, encuentra, acompaña para transformar su fuga a Jerusalén en peregrinación al Padre.

Como a los dos discípulos de Meaux, Cristo se hace cercano a todos nosotros. Nos encuentra en nuestra historia diaria de viandantes de la vida y se asocia a nuestro camino, a donde vayamos. No se aleja de nosotros aunque nosotros nos alejemos de él. Ha venido para buscar y salvar lo que estaba perdido (cfr Lc 5,32; 19,10).

Cristo en persona nos explica las Escrituras y nos abre los ojos. También permanece invisible, lo percibimos con el ojo de la fe. Todos pueden unirse a él mediante el anuncio que lo revela resucitado y el gesto de partir el pan.

La Palabra y el Pan con la que se queda en nuestro espíritu y en nuestra carne, son el viático de la Iglesia hasta el fin de los tiempos. La

Palabra y el cuerpo de Cristo nos asimilamos a él, dándonos el Espíritu, que es la fuerza para vivir por los hijos del Padre y los hermanos entre nosotros.

El mensaje de la resurrección avanza a través de la celebración de la Eucaristía. Es aquí donde la Iglesia hace la experiencia de que Cristo es el Viviente. El anuncio de la resurrección, que se abrió al principio con cierta desconfianza (v. 23), después del encuentro con el Cristo que explica las Escrituras y reparte el Pan y se transmite de una Iglesia la otra con participación y alegría (v. 35).

12 abril 2007

Lc 24,35-48

En este relato Lucas une directamente nuestro conocimiento del Resucitado con la experiencia de Simón y de los demás con él. La diferencia entre nosotros y ellos está en el hecho de que ellos contemplaron y tocaron su carne físicamente; nosotros la contemplamos y tocamos espiritualmente, a través del testimonio de su palabra y la celebración de la eucaristía.

Lucas insiste mucho en la corporeidad del Señor resucitado. Es una necesidad en los encuentros con el ambiente griego, que creía en la

inmortalidad del alma, pero no en la resurrección de los cuerpos (cfr Hch 17,18.32; 26,8.24).

Con la resurrección de la carne está o acontece la promesa de Dios de que la esperanza misma del hombre por superar el último enemigo, la muerte (cfr 1Cor 15, 26).

Clave de lectura y síntesis de las Escrituras es el Crucificado, que ofrece la visión que es amor y misericordia infinita. A los pies de la cruz cede nuestro miedo de Dios y nuestra fuga de él, para que veamos que él está siempre vuelto a nosotros y nos perdona. Los discípulos serán testigos de esto (v. 48): darán a conocer a todos los hermanos al Señor como nuevo rostro de Dios y salvación del hombre.

La fuerza de este testimonio es el Espíritu Santo, el poder de lo alto (v. 49). Como sucede con María, sucederá con ellos (cfr Lc 1,35; Hch 1,8; 2,1ss). La encarnación de Dios en la historia continúa y une su cumplimiento definitivo. Dios mantiene su perfecta solidaridad con el hombre: en el tiempo de los antiguos estuvo “delante de nosotros” como ley para conducirnos a la tierra prometida; en tiempos de Jesús estuvo “con nosotros” para abrirnos y enseñarnos el camino al Padre; ahora, en el tiempo de la Iglesia, está en “nosotros” como vida nueva.

Jesús ha terminado su misión. Nosotros la continuamos en el espacio y en el tiempo. En él, con él, nos hacemos cercanos a todos los hermanos, compartiendo su Palabra y su Pan.

13 abril 2007

Gv 21,1-14

El capítulo 20 de Juan describe el camino de fe pascual de los discípulos partiendo de la tumba vacía hasta el encuentro personal con el Resucitado que permanece como dones pascuales. El capítulo 21 nos presenta a Jesús resucitado en la comunidad que está en misión entre la hostilidad del mundo y se le invita a seguir al Maestro aunque le ocurra igual (cfr 21,29).

La vuelta de los discípulos a su tierra de Galilea y a su trabajo de pescadores quizá revele un momento de dispersión y separación de la comunidad después del escándalo de la cruz. Pero la experiencia con el Resucitado, vivida en una jornada normal de fatiga, resalta que la fe se puede vivir siempre en todo tiempo y circunstancia.

El Señor se revela junto al mar de Tiberíades desvelando gradualmente su misterio y su vocación.

Pedro es el primero del grupo. Es él quien toma la iniciativa de la pesca. Su función en la comunidad cristiana está ya delineada claramente.

Su número de “siete” tiene un significado: como el número “doce” indica la totalidad de Israel, el “siete” es la cifra simbólica de la universalidad. Estos siete discípulos son simbólicamente la primera semilla de la Iglesia que se esparce entre las naciones paganas, para que la palabra de

Jesús pueda engendrar a otros hijos de Dios. Pero sin Jesús el fracaso es total y no hacen nada. Sin la fe en el Resucitado, que es la Vida de la comunidad, es imposible,

Tener éxito en la misión y llevar frutos en la Iglesia.

Cuando los discípulos vuelven del trabajo infructuoso, él va a su encuentro, pero no lo reconocen. El "alba" en la que actúa Jesús es lo opuesto de la noche y las tinieblas en que han trabajado los discípulos. En el lenguaje bíblico, es el momento de la intervención extraordinaria de Dios (cfr Es 24, 24; etc.); ella coincide con la resurrección de Cristo y con su presencia en la comunidad eclesial.

El día ha despuntado y Jesús dirige su palabra con autoridad: "Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis" (v. 6a). El resultado es una pesca milagrosa y abundante, tanto que no logran sacar la red por la gran cantidad de peces" (v. 6b).

Entonces el discípulo al que amaba Jesús, dijo a Pedro: "Es el Señor". Pedro no discute lo más mínimo la intuición de fe de su compañero: Se viste y se echa al mar: es el hombre de la respuesta inmediata. También los otros creen después de haber visto, pero su modo de actuar con el Señor es distinto: sacan la red llena de peces y en el servicio eclesial todos toman contacto con Cristo.

Por orden de Jesús, Pedro retoma su servicio en el grupo, sale de la barca, saca la red a tierra y hace el cómputo de la pesca: 153 peces grandes. Tras este número hay algo misterioso. Escribe

Strathmann: "La exégesis de la Iglesia antigua tenía razón cuando intuía que tras ese número había algo misterioso; es particularmente digno de mención lo que dice san Jerónimo a propósito de *Hes*. 47,9-12, que los antiguos zoológicos hubieran conocido 153 especies de peces; además, se podía considerar el número 153 como la suma de los números de 1 a 17, o como el número de un triángulo de base 17, es decir, como un número de perfección misteriosa. Así la pesca apostólica de los hombres se define universal y misteriosa, y no hay ningún pueblo excluido (cfr Hch 2, 9-11) y todos se reúnen en la única red de la Iglesia universal, que puede acoger a todos sin molestarse. Pero los apóstoles como pescadores de hombres pueden cumplir con éxito esta trabajo bajo las órdenes de Jesús" (El evangelio según san Juan, Brescia 1973, pag. 435).

La pesca es seguida de un banquete en el que Cristo resucitado da de comer a sus discípulos. El texto, hablando del pan y del pez, alude de modo explícito a la Eucaristía, momento vértice de la vida de la Iglesia. El Señor está en el centro de su comunidad renovada., que él nutre familiarmente con el pan y el pez, símbolo de la Eucaristía, don de su vida (Hch 43; 1,4).

Solo en la escucha de la palabra del Señor y en el encuentro eucarístico con el Resucitado, la Iglesia da fruto a su compromiso. Siempre y en cualquier parte vale el dicho de Jesús: "Sin mí no podéis hacer nada" (Jn 15,5).

14 abril 2007

Mc 16,9-15

La aparición del Resucitado a María Magdalena ocupa los versículos 11-18 del capítulo 20 de Juan. Para caracterizar la figura de la Magdalena, el autor recurre al texto de Lucas 8,2, donde se dice que Jesús echó de ella a siete demonios. De tal noticia no es lícito deducir que María Magdalena fuera un gran pecadora sino más bien que Jesús la curó de una enfermedad grave de la que la curó el Señor.

Particularmente se toma la historia de los dos discípulos camino de Emaús, que se trata en el capitulo 24 de Lucas. Al evangelista le interesa esta vez, sólo el hecho de que los discípulos no creyeron en la narración de sus compañeros..

En fin, el autor recuerda la aparición de Jesús a los “once”, refiriéndose claramente a la narración de Lucas (24,36-43). En este relato se anuncia la falta de fe de los discípulos (vv. 11.13.14). Los apóstoles pasan de la duda a la fe bajo el hurto de las manifestaciones de Jesús.

La fe en la resurrección no es un descubrimiento humano, sino el producto de un anuncio hecho a nosotros por Dios mediante ángeles o enviados vestidos de blanco (color de los vestidos del paraíso), y a través del encuentro directo, visible y palpable con el derecho interesado, Cristo resucitado.

La resurrección de Cristo (y nuestra futura resurrección) es corpórea, como lo fue su muerte. La prueba es el sepulcro vacío, testimoniado por todos y los cuatro evangelios, pero sobre todo el encuentro con el Resucitado, que no es un fantasma, sino que tiene carne y huesos, como han podido constatar a los discípulos, y que come delante de su porción de pez asado (cfr Lc 24).

Jesús, el Nazareno crucificado, ha resucitado. Esta es la palabra fundamental de la fe cristiana.

Las últimas palabras de Jesús: "Id y anunciad a todo el mundo el evangelio" (v. 15) resaltan la actividad misionera de la Iglesia. En el reino universal de Cristo, que abraza el cielo y la tierra, se esparce la semilla de la Palabra. La misión de la Iglesia es necesaria por voluntad de Dios, que ha resucitado a Jesús de los muertos.

15 abril 2007

Jn 20,19-31

De la mañana de Pascua se pasa a la tarde de aquel mismo día. Sólo Juan cuenta que Jesús aparece en medio de los suyos entrando con las puertas cerradas. Estaban encerrados en el cenáculo por miedo de los judíos. Los discípulos temen sufrir represalias y por esto viven en el terror.

Jesús entra en la casa con las puertas cerradas, porque el cuerpo del Resucitado tiene cualidad sobrehumana y puede superar obstáculos insuperables al hombre.

El Señor, mostrándose a sus discípulos, les dirige un saludo mesiánico : "Paz a vosotros" (v. 19). En los labios del Resucitado esta expresión, tan común entre los hebreos, adquiere un significado particular: es el augurio de la salvación realizada por el Redentor.

"Y dicho esto les mostró las manos y el costado" (v. 20) para hacer ver las heridas de los golpes y de la lanza. Juan es el único que habla del golpe de la lanza que ha atravesado el costado de Cristo en la cruz.

Con su resurrección Jesús ha mostrado ser verdadero Dios, dueño de la vida y de la muerte: es verdaderamente el Señor, Yahvé. Los discípulos se alegran porque han reconocido en Jesús resucitado a Yahvé.

Después de haberles dado la paz por segunda vez, el Resucitado confía a sus discípulos la misión de ser sus mensajeros. El envío de los discípulos por parte de Jesús se parangona al de Jesús por parte del Padre (v. 21). Se trata por tanto de una consagración divina de los discípulos en ser los anunciadores del Resucitado: para esto contarán con el sello del Espíritu Santo (v. 22).

Este soplo de Jesús resucitado vuelve a la acción creadora de Dios, cuando sopló en las narices de Adán el hálito de la vida (Gen 2,7). Según el oráculo de Ezequiel 37,9, el Espíritu de Dios dará vida a los huesos secos, soplando

sobre ellos. Por eso el día de la resurrección de Cristo se crea al hombre nuevo, el pueblo de los salvados enviado al mundo para anunciar el mensaje de la salvación evangélica.

Con el don del Espíritu que los consagra para la misión, los discípulos reciben también el poder de perdonar los pecados. Perdonar los pecados significa purificar de la culpa (1Jn 1,9) por medio de la sangre de Jesús (1Jn 1,7). Este poder de perdonar los pecados se reserva a Dios y a su Hijo (cfr Mc 2,5-10). El día de su resurrección Jesús confiere esta facultad divina a su Iglesia (v. 23).

Juan, tras haber descrito el primer encuentro de Jesús con los suyos será la tarde de Pascua, se apresura en precisar que Tomás estaba ausente cuando llega Jesús (v. 24). Este hombre concreto (cfr Jn 11,16; 14,5) quiere ver con sus propios ojos y tocar con sus manos; no creerá mientras no haya visto al Señor con sus señales de la crucifixión. Esta frase del apostolado se abre con el verbo ver y se cierra con el verbo creer. Declara abiertamente: "Si no veo y no toco, no creo".

En la segunda aparición a los discípulos en el cenáculo, ocho días después, Jesús, tras saludar a los amigos con el don de la paz, se dirige al apóstol no creyente exhortándolo a tocar sus heridas para creer. En esta invitación el Señor toma casi al pie de la letra las palabras de Tomás, dejando la frase del ver, porque el apóstol tiene delante de sí al Señor.

La exhortación del Señor a no ser incrédulo, sin creyente, encuentra la respuesta en la profesión de fe de Tomás que reconoce en Jesús al Señor

Dios. El adjetivo "mío" ante el Señor y Dios denota un acento de amor y pertenencia.

En su réplica a las palabras de Tomás, Jesús dirige su mirada a los futuros apóstoles que no se encuentren en las condiciones del apostolado, porque no tendrán la posibilidad de ver al Resucitado: los futuros discípulos creerán sin haber visto, son proclamados felices (v. 29). La frase de Jesús a Tomás contiene una velada reprobación porque la fe pura debería prescindir del ver y del tocar.

Sin embargo en el paso conclusivo de su evangelio, Juan declara que los signos obrados por Cristo no son inútiles, antes bien deben favorecer la fe. El evangelista declara que el conjunto de los signos reveladores de Jesús contenidos en su libro es incompleto y parcial (v. 30). El fin del conjunto de los signos obrados por Jesús, es decir, el fin del evangelio, es suscitar y reforzar la fe en el Mesías, Hijo de Dios (v. 31).

El efecto salvífico de esta adhesión a Cristo, Hijo de Dios, es el poseído de la vida divina, mediante su persona.

Las últimas palabras de Jesús: "Felices los que sin haber visto creen", constituyen el vértice de las apariciones de Cristo resucitado a los discípulos. El mensaje de esta felicidad evangélica es importante para todos los cristianos de todos los tiempos. Algunos de ellos buscan, con una bulimia insaciable, apariciones, prodigios, mensajes celestes. La Constitución Dogmática del Concilio Vaticano II sobre la Divina Revelación recuerda con autoridad que no

debemos esperar ninguna otra Revelación pública antes de la venida final del Señor (DV, 4).

Dios se ha manifestado de modo auténtico en la sagrada Escritura, que representa la regla de la fe de la Iglesia, el alimento sano y sustancioso de l vida del pueblo de Dios (DV, 21).

16 abril 2007

Jn 3,1-8

Después de la descripción de las relaciones de Jesús con los judíos, el evangelio al personaje que es un representante típico: Nicodemo. Es un hombre que en seguida tomará la defensa de Jesús (cfr Jn 7,50ss) y dará honrada sepultura al cuerpo de Cristo (cfr Jn 19,39ss).

El encuentro de Nicodemo con Jesús sucede de noche, quizá por temor de los judíos, quizá porque los rabinos estudiaban la Ley en las horas nocturnas. Pero probablemente la alusión a la noche quiere hacer pensar en las tinieblas de la incredulidad de Nicodemo. Al contrario, el diálogo de Jesús con la samaritana sucede en la hora sexta (Jn 4,6), a mediodía, en la hora en la que el sol cae con fuerza. En el evangelio de Juan las indicaciones cronológicas pueden tener un significado teológico.

Para descubrir el misterio de Jesús y conocer su persona es necesario ser engendrados nuevamente de lo alto. El adverbio *ànothen* es

intencionalmente ambiguo. El diálogo con Nicodemo se desarrolla sobre este equívoco: nacer de nuevo de la madre y de lo alto, de Dios.

"Ver el reino de Dios" y "entrar en el reino de Dios", son expresiones de Juan que significan experimentar la presencia salvífica de Jesús, entrar en comunión vital con su persona, reconocerlo en la fe como Mesías e Hijo de Dios.

Jesús explica a Nidemo que la vida nueva no es un segundo nacimiento de la madre, sino un nacimiento del Espíritu. Esta persona divina, suscitando en el corazón una fe profunda y existencial en el Hijo encarnado, transforma las criaturas humanas en hijos de Dios (cfr Jn 1,12-13). La carne, es decir, la naturaleza humana en su fragilidad y caducidad, puede generar sólo seres carnales. El Espíritu Santo genera seres espirituales, que son hijos de Dios.

La fe existencial en Jesús, Hijo de Dios, es el producto de la acción del Espíritu. El ejemplo del viento, que para los antiguos representaba un misterio auténtico, sirve como ilustración del tema de la necesidad del nacimiento del Espíritu.

También en la naturaleza existen misterios que superan la mente humana; no debe maravillarse que existan misterios de la acción de Dios. El fruto del Espíritu sobrepasa todas las capacidades de la naturaleza humana. Los hijos de Dios trascienden la carne, en cuanto que el Espíritu supera las leyes de la naturaleza.

17 abril 2007

Jn 3,7b-15

La reflexión de Jesús sobre el nacimiento del Espíritu tiene algo de misterioso, que trasciende la mente humana. Y Jesús previene a Nicodemo advirtiéndole de no maravillarse de este cambio radical que produce el Espíritu. Es ciertamente misterioso, pero no por esto se debe negar la existencia.

Con las palabras en plural: "Debéis nacer de lo alto" (v. 7), Jesús no habla ya sólo a Nicodemo, sino a todos aquellos que él representa. En síntesis, la fe adulta en el Hijo de Dios es fruto de la acción del Espíritu Santo y no puede sustituir la debilidad del corazón humano o de la inteligencia que sabe conocer los signos obrados por Jesús.

En este punto, el ejemplo del viento es bastante instructivo al respecto y el evangelista lo utiliza también para el significado que la palabra viento, *pneuma*, contiene, esto es, el “espíritu”. El hombre está convencido de la existencia del viento por sus efectos.

El hombre está convencido del viento por sus efectos, a pesar de que el fenómeno huye del control y no se sabe de dónde viene y a dónde va. De otra manera es verdadero en el plano de la fe en este nuevo modo de ser que es obra del Espíritu Santo.

El hombre nuevo "nacido de Dios" (cfr Jn 8,41; 1Jn 3,9; 4,7; 5,1.14.18) manifiesta los efectos misteriosos de este nacimiento, que son alegría, paz, equilibrio, donación, servicio amoroso…, mientras que el hombre nacido de la carne actúa en el plano terreno y no puede percibir la realidad del Espíritu y el mismo origen del misterio de la persona de Jesús.

Después de esta amplia revelación de Jesús, Nicodemo se sitúa ante su situación difícil de un hombre racionalista y terreno, que no logra dar el salto a la fe apoyándose en Jesús y creyendo en él: "¿Cómo pueden suceder estas cosas?" (v. 9). Para pasar de la fe elemental a la adulta Nicodemo debe aprender antes a ser humilde ante el misterio, sabe hacerse pequeño ante el único Maestro que es Jesús. Y como él todo hombre que quiera descubrir el misterio de la persona del Hijo de Dios debe ponerse a la escucha silenciosa y adorante del Espíritu de Dios.

El largo monólogo de Jesús que sigue después, parece dar luz a Nicodemo que se pone a la escucha del verdadero Maestro para ser su discípulo (cfr Jn 7,50-51; 19,39).

Jesús tiene la tercera revelación, presentándose como testigo auténtico de los misterios de Dios: "En verdad, en verdad te digo, hablamos de lo que sabemos y testimoniamos lo que hemos visto" (v. 11). Pero la constatación de Jesús: "vosotros no acogéis nuestro testimonio" (v. 11b) es una conclusión amarga.

Las "cosas del cielo" son la revelación del amor de Dios que Jesús manifestará en seguida; las "cosas de la tierra" son cuanto él ha revelado

acerca del nacimiento del hombre. De hecho, la generación espiritual, incluso si se cumple por el Espíritu, mira al hombre y sus fundamentales aspiraciones de felicidad y de liberación.

Los hombres saben que su vida no tiene perspectiva y está destinada al no sentido, si no se dan cuenta de la necesidad de una elevación espiritual y de renovación interior que sólo Dios puede obrar. Deben tener fe en Jesús, aunque ninguno de ellos haya subido al cielo para captar los misterios celestiales, porque sólo él solo, que ha bajado del cielo (v. 13), está en grado de anunciar la realidad del Espíritu, y es el verdadero mediador del hombre con Dios.

El, sin embargo continuando y teniendo su morada en el Padre, se ha encarnado para comunicar a los hombres la vida divina. Este misterio de abajamiento y de revelación será llevado la perfección en la cruz, cuando Jesús sea ensalzado a la gloria, porque "cualquiera que cree en él, tendrá vida eterna" (v. 15). La salvación es someterse a Dios y volver la mirada a Jesús crucificado, verdadero acto de fe que comunica la vida eterna (cfr Jn 19,37).

El nacimiento espiritual del hombre que vive en el “desierto” de la vida, amenazado por la muerte, está ligado a la cruz, porque éste es el lugar donde Jesús manifestará al mundo su obediencia radical y su unidad con el Padre, y revelará, con el sacrificio de su vida, el amor con que Dios alimenta a cada hombre.

18 abril 2007

Jn 3,16-21

Estos pocos versículos expresan muy bien el carácter universal de la salvación obrada por Jesús, que encentra su origen en la iniciativa misteriosa del amor de Dios para los hombres. El hecho de que el Padre nos ha enviado a su Hijo para salvarnos es la manifestación más alta de Dio que es Amor (fr 1Jn 4,8-16).

La misión de Jesús es la de llevar la salvación a los hombres: "Dios ha amado tanto al mundo que ha enviado a su propio Hijo unigénito para que quien crea en él no muera, sino que tenga vida eterna" (v.16). Le elección fundamental del hombre es ésta: aceptar o rechazar el amor del Padre que se ha recelado en Cristo. Este amor no juzga y no condena al mundo, sino que lo salva: "Dios no ha mandado al Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por medio de él" (v. 17).

El juicio es un hecho actual: sucede en el momento en que el hombre se encuentra con Jesús. Quien cree, adhiriéndose existencialmente a la persona de Hijo de Dios, no es juzgado; quien lo rechaza, ya está juzgado y condenado ahora, porque ha rechazado a Dios.

Quien acepta a Jesús evita la perdición y obtiene la vida, quien por el contrario lo rechaza ya está condenado porque se autoexcluye de la salvación eterna. Quien rechaza al Salvador, rechaza la salvación.

Las obras del mundo son malvadas porque están inspiradas por el demonio. El mundo está al pairo del maligno si no se va a Jesús. La raíz de estas obras malignas es la falta de fe en Jesús. Quien está bajo el poder o influjo del maligno odia a Jesús, luz del mundo, y no quiere unirse a su persona porque se adhiere al demonio.

"Quien vive en la verdad, está en oposición al que vive en las tinieblas o hace el mal". Vivir la verdad es asimilar la revelación de Jesús. La fe en Jesús es un don y tiene como fin la vida de comunión con Dios. Las obras del discípulo se hacen en Dios (v. 21) para que tengan su origen en el Padre. Dios es el origen y el fin de la vida de fe.

19 abril 2007

Jn 3,31-36

"Quien viene de lo alto está sobre todos". Estas palabras explican por qué ninguno debe ser celoso de la superioridad de Jesús: él viene de lo alto, de Dios; el Bautista y todos los demás

vienen de la tierra. El Hijo encarnado da testimonio de las realidades celestes que continuamente ve, porque vive en continua relación de amor con el Padre (cfr Jn 1,18).

"El testimonia lo que ha visto y oído, y sin embargo ninguno acepta su testimonio" (v. 33). El evangelista repite cuanto había dicho Jesús en 3,11: "Vosotros no acogéis nuestro testimonio". Pero el horizonte de la incredulidad se ha alargado o ampliado, porque se afirma que ninguno acoge el testimonio de Jesús. Esta generalización es exagerada, sino quiere decir que todos deberán creer en Jesús y en su lugar no nos cree casi ninguno.

El v. 33 retoma en sentido positivo las afirmaciones precedentes negativas acerca de la falta de acogida de la revelación de Jesús. La fe de los discípulos ofrece la prueba de que Dios es verdadero. “Acoger el testimonio del revelador que viene de lo alto es dar, a través de él, lo asiente a Dios mismo, es reconocer la veracidad divina en la palabra misma del enviado: Dios habla en él; él envuelve automáticamente a Dios" (Mollat).

El v. 34 explica las afirmaciones precedentes sobre la autenticidad de la revelación de Jesús. El es el único auténtico revelador definitivo enviado por el Padre. Quien acoge su testimonio constituye la prueba irrefutable que Dios es verdadero, es decir, se revela verdadera y auténticamente en su Hijo. El enviado del Padre revela la palabra de Dios y comunica la salvación

porque sólo él puede comunicar el Espíritu Santo sin medida.

El v. 35 explica por qué Jesús puede dar al Espíritu: "El Padre ama al Hijo y le ha dado todo". Este amor del Padre por el Hijo es el Espíritu Santo.

San Agustín comenta: "El Padre ama al Hijo, pero lo ama como Padre al Hijo, no como dueño con el siervo; lo ama como al Hijo Unigénito, no como al hijo adoptivo. Por esto lo ha puesto todo en sus manos. ¿Qué quiere decir todo esto? Quiere decir que el Hijo es poderoso como el Padre… Al dignarse enviar al Hijo, no pensemos que nos lo haya enviado como u inferior al Padre; mandando al Hijo, el Padre nos ha dado a sí mismo" (PL 35, 1509).

En el v. 36 se desarrolla la temática de la fe y de la incredulidad y se proyecta la situación de quien cree y de quien no cree. Quien cree en el Hijo tiene vida eterna. Quien no cree en el hijo no participa en la vida eterna. En la primera Carta de Juan leemos: "Dios nos ha dado la vida eterna y esta vida está en su Hijo. Quien tiene al Hijo, tiene la vida; quien no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida. Esto os lo he dicho para que sepáis que poseáis la vida eterna, vosotros los que creéis en el nombre del Hijo de Dios" (5,11-13).

20 abril 2007

Jn 6,1-15

El milagro de la multiplicación de los panes nos introduce en el gran discurso sobre el pan de la vida, anticipando los temas principales. El relato es importante porque todos los evangelistas lo reportan y lo colocan en el centro de la actividad pública de Jesús.

El relato revela un significado preciso cristológico y sacramental, que no es tanto la aclamación de la gente, sino revelar la gloria de Dios en Jesús, Palabra hecha carne.

El lago de Galilea se llama mar de Tiberíades por el nombre de la ciudad construida en los años 14-36 después de Cristo por el tetrarca Herodes Antipas en honor del emperador Tiberio.

La gran multitud que sigue a Jesús y participará en el prodigio extraordinario de la multiplicación de los panes, el día después que rechazaba la revelación del Hijo de Dios. Seguir a Jesús para ver milagros no es índice de una fe auténtica.

En la tradición bíblica Dios se ha revelado sobre todo en el monte: el Sinaí (Es 19-20). También el revelador definitivo de Dios, Jesús, se manifiesta

sobre un monte. Esta especificación tiene sobre todo un valor teológico.

Antes de dar inicio al signo-milagro, Juan precisa que "estaba cercana la Pascua, la fiesta de los judíos" (v. 4). Para el evangelista y la comunidad cristiana, que relee el hecho a la luz de la resurrección, esta precisión cronológica sirve como reclamo a la Pascua cristiana, simbolizada por el pan partido, que profundiza sus raíces en el recuerdo de la Pascua hebrea y en los milagros que lo acompañaron. En Jesús se cumple el pasado y se realiza la esperanza de Israel. El pan que va a dar al pueblo lleva a perfección la Pascua hebrea haciéndola confluir en el gran banquete eucarístico cristiano.

Con las palabras de Jesús a Felipe: "¿Dónde podemos comprar el pan para que todos coman?", el evangelista parece inspirarse en la palabras que Moisés dirigió al Señor: "¿De dónde cogeré la carne para darle a todo el pueblo?" (Nm 11,13).

Jesús dirige esta pregunta a Felipe para ponerlo a prueba. Se presenta desde el inicio el tema de la fe, de la que está permeado todo el capítulo 6. La respuesta de Felipe evidencia que esta adquisición relevante del pan sería insuficiente para atraer a las multitudes. La solución humana no vale o no basta para saciar las necesidades del hombre. Es Jesús quien sacia en plenitud toda necesidad y aspiración: con cinco panes alimenta a 5000 y sobran 12 cestos (v. 13).

Juan especifica que los panes eran un medio para indicar que se trata del pan de los pobres y para re-invocar el prodigio análogo obrado por Dios por medio del profeta Eliseo (2Re 4,42ss).

Todos comieron hasta saciarse. La frase: "Recoged los peces de sobra para que nada se pierda" quiere subrayar el carácter sagrado del pan, porque se ve con perspectiva eucarística, como signo de la carne de Cristo. El pan de Jesús, a diferencia del maná en el desierto (cfr Es 16,20), se recoge para que no se corrompa.

El número 12 podría referirse a los apóstoles: recogieron una cesta para cada uno; pero más probablemente indica la perfección y la plenitud del pan eucarístico, que puede saciar el hambre espiritual no solo de los 5.000, sino de todos los hombres.

La multitud reconoce a Jesús como el profeta hasta el fin de los tiempos (Es 4,1-9). Pero el texto hace entender que el entusiasmo de la multitud es de carácter político. Y porque su realeza se sobreentiende por la multitud, Jesús se retira solo al monte. Desde este momento ha iniciado la progresiva reducción de la multitud contado en este capítulo, y Jesús no permanece solo con los Doce.

21 abril 2007

Jn 6,16-21

Después de la multiplicación de los panes, los discípulos, como la multitud, habían aclamado a Jesús rey, pero su esperanza sería una

decepción. Ahora, bajando al lago y consolados dirigen la barca a Cafarnaún para volver a casa y su trabajo.

Juan subraya esta incomprensión de los discípulos con la imagen de la noche y de la tiniebla (vv. 16-17). Separarse de Jesús y no seguir su palabra es entrar en la tiniebla y en la ceguera profunda.

La confusión interior de su corazón, simbolizada por el viento fuerte que sacude la barca, los induce a abandonar al Maestro.

La anotación del evangelista: "Jesús no había llegado todavía a ellos" (v. 17) prepara su revelación a los discípulos. De lejos vieron a Jesús que caminaba sobre las aguas. El se presenta como Dios que puede caminar sobre las aguas grandes y sobre el mar (Sal 77,20; 107,4-30; etc.). Con las palabras: "Soy yo, no temáis." Jesús se da a conocer y se revela como el Señor en el que está presenta el poder de salvación de Dios. Las fuerzas de la naturaleza, aún las más violentas, no pueden obstaculizar la acción del Hijo de Dios. Se revela a los discípulos no como Mesías, que sacia el hambre, sino como Dios que una vez más va a su encuentro como Dios.

22 abril 2007

Jn 21,1-19

El capítulo 20 del evangelio de Juan ha descrito el camino de fe pascual de los discípulos partiendo de la tumba vacía hasta el encuentro personal con el Resucitado que habla de los dones pascuales. El capítulo 21 nos presenta a Jesús resucitado en la comunidad que es la misión entre la hostilidad del mundo y que es una invitación a seguir al Maestro, aunque les esté reservada la misma suerte (cfr 21, 29).

La vuelta de los discípulos a su tierra de Galilea y a su trabajo de pescadores quizá revele un momento de dispersión y de huida de la comunidad tras el escándalo de la cruz. Pero la experiencia con el Resucitado, vivida en una jornada normal de fatiga, ensalza la luz que la fe se puede vivir siempre en cualquier tiempo y circunstancia.

El Señor revela junto al mar de Tiberíades desvelando con gratuidad su misterio y su vocación.

Pedro es el primero del grupo en ser nombrado. Es él quien tome la iniciativa de la pesca. Su función en la comunidad cristiana está ya delineada claramente.

Su número “siete” tiene un significado: como el número “doce” indica la totalidad de Israel, el “siete” es la cifra simbólica de la universalidad. Estos siete discípulos son simbólicamente la primera semilla de la Iglesia que se esparce entre las naciones paganas, porque la palabra de Jesús genera otros hijos de Dios. Pero sin Jesús el fracaso es total y no cogen nada. Sin la fe en el Resucitado, que es la Vida de la comunidad, es imposible triunfar en la misión y llevar a todos los frutos en la Iglesia.

En el hacer diario, cuando los discípulos vuelven de su trabajo infructuoso, é va a su encuentro, pero no lo reconocen...En el lenguaje bíblico, es el momento de la intervención extraordinaria de Dios (cfr Es 24,24; etc.); ella coincide con la resurrección de Cristo y con su presencia en la comunidad eclesial.

Ha despuntado el nuevo día y Jesús dirige su palabra autoritativa: "Echa la red por la parte derecha de la barca y encontraréis" (v. 6a). El relato es una pesca milagrosa y abundante, tanto que "no lograban sacar la red por la gran cantidad de peces" (v. 6b).

Entonces el discípulo que Jesús amaba, dice a Pedro: "Es el Señor". Pedro no discute mínimamente la intuición de fe de su compañero: En seguida se ciñe la vestidura y se echa al mar: es el hombre de la respuesta inmediata. También los otros creen después de haber visto, pero su modo de actuar ante el Señor es diverso: sacan la red llena de peces tirano la rete y en el servicio eclesial todos toman contacto con Jesús.

Por orden de Jesús, Pedro retoma su servicio en el grupo, sale de la barca, saca la red a tierra y hace el cómputo de la pesca: 153 peces grandes. Tras este número hay algo misterioso. Escribe Strathmann: "La exégesis de la Iglesia antigua tenía razón cuando intuía que tras ese número hay algo misterioso; es digno de mención cuanto dice Jerónimo a propósito de *Hes*. 47,9-12, que los antiguos zoológicos hubieran conocido 153 especies de pescados; además, se podía considerar el número 153 como la suma de los números de 1 a 17, o como número de

misteriosa perfección. Así la pesca apostólica de los hombres es definida universal y misteriosa, ningún pueblo está excluido (cfr Hch 2,9-11) y todo se recogen en la única red de la Iglesia universal, que puede acoger a todos sin lacerarse. Pero los apóstoles como pescadores de hombres pueden cumplir con éxito este trabajo bajo la orden de Jesús" (El evangelio según Juan, Brescia 1973, pag. 435).

La pesca viene seguida de un banquete en el Cristo da de comer a los discípulos. El texto, hablando de pan y de pez, alude de modo explícito en la Eucaristía, momento vértice de la vida de la Iglesia. El Señor está en el centro de su comunidad renovada, que le nutre familiarmente con el pan y el pez, símbolo de la Eucaristía, es decir, don de su vida (cfr Lc 24,30.41-43; Hch 1,4).

Solo en la escucha de la palabra del Señor y en el encuentro eucarístico con el Resucitado la Iglesia da fruto a cada compromiso. Siempre y en cualquier parte vale el dicho de Jesús: "Sin mí no podéis hacer nada" (Jn 15,5).

Al término de la comida con los discípulos, Jesús se dirige a Pedro pidiéndole una profesión de amor para guiar a su grey: "Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?" (v. 15). Cristo para constituir a Pedro pastor de la Iglesia exige por él un amor más grande que el de los otros discípulos.

En su respuesta Pedro reconoció la ciencia divina llamando a Jesús Señor, evitando así la presunción de considerarse mejor que sus amigos. La triste experiencia de la negación, tras haber afirmado que daría la vida por su Maestro

aunque los demás lo abandonaran (Mc 14, 29), produjo un efecto benéfico. Pedro no se confronta ya con los otros, sino que confiesa con sinceridad y sencillez su amor por el Señor.

Pedro, después de su declaración de amor, recibe de Jesús la confirmación del oficio pastoral: "Apacienta mis corderos" (v. 15); "Apacienta mis ovejas" (vv. 16-17).

Por tanto Pedro es constituido pastor de todo el rebaño, es decir, guía espiritual de toda la Iglesia.

Después de haber dado a Pedro la misión de guía de la Iglesia, Jesús le predice el fin: en la vejez experimentarás la prisión y derramarás tu sangre por el Señor.

Jesús perdonó a Pedro y lo rehabilitó haciendo de él un hombre nuevo que lo imitará incluso en el martirio. Durante la última cena dijo que seguiría al Maestro, ofreciendo su vida por él; Jesús, sin embargo, que lo seguiría en el futuro. Después de la resurrección, el Señor anuncia a Pedro que este testimonio lo hará en su vejez (v. 18).

A semejanza de Jesús, Pedro glorificará a Dios con el testimonio de la sangre derramada. Seguir a Cristo es ir con él hasta la muerte.

23 abril 2007

Jn 6,22-29

Esta gente que busca a Jesús parece llena de fe, pero en realidad no cree en Cristo. La suya no es

fe, sino sólo curiosidad y simpatía superficial, como se verá al final de la narración.

Jesús denuncia el verdadero motivo de su interés por su persona y les invita a una búsqueda menos egoística y más espiritual. Les echará en cara su superficialidad: en la multiplicación de los panes no reconocieron a Jesús como Dios.

Cristo les habla de que busquen el alimento que dura hasta la vida eterna. Este alimento debe ser algo que se asemeje al agua que salta a la vida eterna (Jn 4,14). Se trata por tanto de la revelación del Verbo encarnado, asimilada con una vida de fe profundísima que lleva a la vida eterna.

En esta primera fase del discurso, la comida que Jesús da, es misteriosa. En 6,51 el evangelista especificará que se trata de la persona del Hijo de Dios, sacrificada por la humanidad con la pasión y la muerte, y entregada como comida.

La acción del Padre que pone su sigilo indeleble sobre el Hijo es la consagración solemne del hombre Cristo Jesús desde el primer instante de su encarnación y su bautismo en el Jordán.

"¿Qué debemos hacer para cumplir las obras de Dios?" (v. 28). En esta pregunta aparece claramente la mentalidad judía legada al valor de las obras. Jesús se opone a esta mentalidad y presenta necesaria para el poseído del reino de Dios con una sola obra: la fe en su persona.

En este relato aparecen con claridad que lo que justifica es la fe y no la ley (Rm 3,20); de hecho se justifica no por las obras, sino por la fe,

independientemente de las obras (Rm 3,27-28; Gal 2,16; 3,5).

El objeto de esta fe es el que Dios ha enviado, a Jesús. La única obra que el hombre debe cumplir es creer en el enviado de Dios. La fe de quien habla el evangelio es don de Dios. El hombre tiene su responsabilidad porque puede también rechazar este don. Por tanto la fe es también obra del hombre.

24 abril 2007

Jn 6,30-35

Los judíos pretenden fundar su fe en la experiencia de prodigios extraordinarios. En la mentalidad judía los signos son vistos en la línea de las obras y deben ser semejantes a los obrados por Moisés cuando liberó a Israel de la esclavitud de Egipto.

Los galileos citan uno de los prodigios del éxodo para indicar a Jesús en las direcciones en que debe obrar sus signos para exigirles la fe. Debe cumplir un prodigio semejante al del maná. El texto más cercano a la cita es el I Sal 78,24: "Hizo lloverles maná para comer y les dio el pan del cielo".

La comida divina de la revelación escatológica llena y perfecta no es don de Moisés, sino que se lo ofrece el Padre en el don de su Hijo. Este pan del cielo se llama verdadero porque contiene la

verdad, es decir, la revelación definitiva dela vida divina que se identifica con la persona de Jesús. Este pan del cielo es una persona: es Jesús que da la vida al mundo. Todos los hombres pueden encontrar vida y salvación en el Hijo de Dios.

La réplica final de los judíos (v. 34) parece llena de fe. En realidad no creen en Jesús y entienden el pan del cielo como alimento terreno; no han confiado en nada el sentido de la revelación del Verbo encarnado

En su persona divina. Apenas el Maestro declare ulteriormente su pensamiento, proclamándose como el pan de la vida bajado del cielo (vv. 36 ss), los judíos manifiestan su incredulidad (Jn 6,41-42).

Jesús aclara su pensamiento declarando explícitamente que es pan de Dios, fuente de la vida. Ahora no hay ya equívocos: el pan de Dios, bajado del cielo para dar la vida a la humanidad, es Jesús.

La frase: "Yo soy el pan de la vida" confrontada con "Yo soy… la verdad y la vida" (Jn 14,6) nos da a entender que el pan del cielo es la palabra, la revelación de Jesús, es decir, la verdad. Jesús es la verdad de la vida eterna, manifiesta y comunica la vida de dios.

El Verbo encarnado es la única persona que puede saciar la sed y el hambre de salvación. Por este motivo exhorta a todos a ir él para apagar la sed de felicidad (Jn 7,37).

"Quien viene a mí" y "Quien cree en mí" son expresiones de la única adhesión a la fe. La fe es orientación de la vida a la persona de Jesús.

25 abril 2007

Mc 16,15-20

El final del evangelio de Marcos insiste en la misión de llevar el evangelio a todo el mundo, uniendo estrechamente el testimonio de la palabra a la de las obras, signos.

Con la exhortación a la misión universal se une la afirmación que para la salvación se requieren la fe y el bautismo. Además los anunciadores del evangelio promete que su predicación misionera se sostendrá y se confirma por los milagros realizados por Cristo resucitado.

La trasmisión de las palabras de Jesús está en el centro del texto y tiene el fin de hacer cristianos a todos los pueblos. La misión, ir a todos los nombres, es un encargo que se entiende bien.

Si la misión es trasmitir a los hombres la palabra de Jesús y sus directivas para hacer ellos, mediante el bautismo, discípulos, esto es, excluye dos malentendidos.

El primero es el malentendido de la reivindicación del poder político. Una concepción utópica es la de W. Soloviev che mantiene el reino de Dios como un estado teocrático de este modo, y ve esta concepción enraizada en la voluntad de Jesús. En la tierra habrá un solo poder, y éste no pertenecería al César, sino a Cristo Jesús.

El otro malentendido es la relativización del encargo misionero, que llega a sostener que el cumplimiento de evangelización consiste en ayudar a los budistas a ser budistas mejores, a los musulmanes a ser más fervientes, y así sucesivamente.

El diálogo necesario con las religiones mundiales no elimina la necesidad del anuncio y del testimonio, de la fe cristiana y del bautismo. Es Cristo resucitado al que se le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra (cfr Mt 18, 28), que envía a los cristianos a predicar el evangelio a toda criatura.

La misión es necesaria por voluntad de Dios, que ha resucitado a Jesucristo de los muertos.

26 abril 2007

Jn 6,44-51

La razón última de la fe se encuentra en la atracción del Padre para que los hombres se unan a su Hijo. La cita de los profetas: "Y todos serán enseñados por Dios" podría inspirarse en Jr 31,33-34 e a Ez 36,23-27, pero el texto más cercano y citado por Juan es Is 54,13: "Y todos serán discípulos de Dios". También aquí, como en Jn 6,31, la cita no parece encontrarse en la carta en el Antiguo Testamento. Juan adapta el

texto a sus perspectivas teológicas, entra las cuales destaca el universalismo de la salvación. No habla sólo de “todos los hijos de Jerusalén", sino de “todos” sencillamente, interpretando la nueva alianza con proyección universalista.

La fe es un don de Dios y se funda sus raíces en la acción divina del Padre. Por tanto cree en Jesús sólo quien " ha escuchado y aprendido del Padre" (v. 45).

Jesús, después de haber dicho que el motivo último de la fe está en la atracción del Padre, subraya: "Quien cree en la vida eterna" (v. 47). La vida eterna depende de la fe. Y la fe consiste en escuchar y comer a Jesús, que es el pan celeste que hace vivir eternamente.

Después de la solemne proclamación de ser el pan de la vida, Jesús hace la comparación entre el maná del desierto y el pan que es su persona. El maná no daba la inmortalidad porque todos murieron en el desierto, incluido Moisés, pero quien come a Jesús no morirá nunca.

La acción de comer indica la interiorización de la palabra del Hijo y asimilación de su persona con una vida de fe profundísima. Comer el pan vivo que es Cristo, significa hacer propia la verdad de Cristo, que es la verdad y la revelación plena y perfecta del Padre.

En el v. 51 Jesús añade un nuevo elemento que preanuncia la temática central de la última sección del discurso (vv. 53-58): el pan de la vida

es la carne de Jesús por la vida del mundo. El pan del cielo es la carne de Jesús, es decir, su persona sacrificada por la salvación de la humanidad con la pasión y muerte gloriosa.

El amor de Dios por los hombres resume su máxima expresión en la muerte de Jesús en la cruz: en la cruz se da a sí mismo por el mundo.

27 abril 2007

Jn 6,52-59

Este relato retoma el tema de comer la carne de Jesús para desarrollarlo, y para unirlo al tema de beber su sangre. Comer la carne de Jesús y beber su sangre tienen como efecto salvífico la vida eterna o estar en comunión íntima con la persona divina de Cristo.

Después de las murmuraciones de los judíos, Jesús no atenúa su lenguaje acerca de la necesidad de comer su carne, antes bien, une el tema de beber su sangre; y en el relato siguiente sustituirá el verbo *faghèin* por el verbo *tròghein*, término mucho más crudo que indica la acción de masticar con los dientes.

Le palabras de Jesús son de un verismo tan acentuado que no pueden interpretarse sólo en el sentido de interiorizar la revelación. Este lenguaje

se aplica seguramente a la Eucaristía. Evidentemente la cena eucarística no prescinde de la fe; antes bien, comer la carne del Señor y beber su sangre es una demostración de la fe.

Las palabras de Jesús sobre la condición por poseer la vida eterna son explícitas: hay que comer su carne y beber su sangre. La fe en Jesús se concreta y se demuestra en comer su carne y en beber su sangre.

Con la comunión del cuerpo y sangre de Cristo se siembra en nosotros el germen de la resurrección que llevará su fruto más maduro en el último día. "La resurrección pondrá en actividad las fuerzas que la comunión del cuerpo y sangre del Salvador ha puesto en el hombre para la resurrección final de su ser" (Loisy). El alimento de la carne y de la sangre de Cristo nutre verdaderamente y de modo perfecto y definitivo, porque es la fuente de resurrección eterna.

La comunión entre Jesús y el discípulo se concreta en una acción de vida. Cristo deviene fuente y fin de la existencia del cristiano que come su carne, de modo análogo a cuanto sucede en la Trinidad. Como el Padre da vida al Hijo, así el Hijo da vida al que se nutre de la Eucaristía.

En el v. 58 Jesús cierra el discurso confrontando el efecto diverso del alimento del maná y comer el pan del cielo que es su persona. El contraste entre alimento perecedero e imperfecto del maná - símbolo de la ley mosaica – y la persona del Verbo encarnado, revelación definitiva y perfecta de Dios, es claro.

28 abril 2007

Jn 6,60-69

En este relato se describe la reacción negativa delos discípulosI ante la revelación de Jesús sobre el pan de la vida. Los judíos y los discípulos manifiestan su incredulidad. Estas personas no han renacido del Espíritu Santo, por eso no pueden creer en la revelación de Jesús. Por esto el discurso de Cristo les parece duro, absurdo e inaceptable.

Frente al escándalo de los discípulos que no creen, Jesús habla en seguida del evento conclusivo de su existencia terrena, que podría ser motivo de un escándalo mayor: es Jesús con su naturaleza humana que sube al cielo. El escándalo de la ascensión está en el hecho de un “hombre” que ha salido de Dios, donde se desarrolla su función de abogado en nuestro favor (1Jn 2,1).

La razón por la que los discípulos siguen incrédulos es que no se dejan vivificar por el Espíritu Santo y por eso están dominados por la carne, es decir, son esclavos de la naturaleza humana y del instinto, que no puede aceptar el sublime misterio de la revelación del Hijo de Dios.

Por lo que respecta a la revelación del Hijo de Dios, la carne (= todas las capacidades del hombre) no conduce a nada porque sólo el Espíritu da la vida de Dios. La naturaleza humana es incapaz de trascender sus límites para acoger las palabras de Jesús que son Espíritu y Vida.

De aquí la necesidad de la fe para recibir la revelación de Cristo y su cuerpo y su sangre en l Eucaristía. Sólo el Espíritu Santo puede hacer salir al hombre al nivel de las palabras de Cristo. Por esto, en los escritos de Juan, el Espíritu Santo se presenta como el Espíritu de la Verdad (Jn 14,17; 15,26; etc.), es decir, como la persona divina en función de la revelación de Jesús, en cuanto que debe hacer penetrar en el corazón de los hombres la revelación del Verbo encarnado.

Jesús termina su soliloquio constatando con tristeza que algunos de sus discípulos no creen. Da la última explicación de la incredulidad de los discípulos, como había hecho a propósito de los judíos (v. 44). La adhesión a la persona de Jesús es un don de Dios, que el hombre puede acoger o rechazar.

En el v. 66 se describe la conclusión de la crisis espiritual de los discípulos incrédulos: abandonan a Jesús y no lo siguen ya. Ante esta defección de tantos discípulos, Jesús pone a prueba a los Doce, preguntándoles: "¿Queréis también dejarme?"(v. 67). Jesús invita a los apóstoles a renovar su elección: o aceptar su revelación, desconcertante, o abandonarlo e irse.

La respuesta al interrogante provocativo de Cristo proviene de Simón Pedro, que, en nombre de los Doce, profesa su fe en la mesianidad divina de Jesús. Reconoce en Jesús al Señor que tiene palabras de vida eterna. El que es un discurso duro para los demás es para Pedro aliento de vida eterna (v. 68). La misma cosa es escandalosa para el hombre carnal y fuente de vida eterna para el creyente.

29 abril 2007

Jn 10,27-30

Los judíos no aceptan el testimonio divino de las obras realizadas por Jesús porque no son todavía ovejas de Cristo: las ovejas de Cristo escuchan su voz, y los judíos no creen.

Las ovejas de Jesús se encuentran en manos seguras, porque son cuidadas con el amor del Padre y del Hijo, estas dos personas que viven en comunión y en intimidad perfecta, como dice Jesús: "Yo y el Padre somos una sola cosa sola" (v. 30). Las palabras de Jesús se revelan escandalosas a los oídos de los judíos incrédulos.

En este texto Juan pone en boca de Jesús tres afirmaciones que resaltan la identidad de las ovejas y sus características en relación con

Cristo: escuchan su voz, lo siguen y nunca perecerán.

La cualidad fundamental de quien está abierto a la fe es ante todo el oído: "Quien escucha mi palabra y cree en el que me ha enviado tiene vida eterna" (Jn 5,24). Quien escucha al Maestro tien la vida y deviene su confidente. Y a su vez es conocido por él con una unión personal y profunda que se concreta en el amor (Jn 10, 4).

Pero la escucha implica el seguimiento de Jesús, y es acción y compromiso. Quien se confía a Jesús, “que tiene palabras de vida eterna" (Jn 6,68), goza de los bienes mesiánicos y lleva frutos de vida duradera (Jn 10,10-15; 14,6).

Además quien lo sigue será custodiado por él (Jn 17,12), ningún ladrón lo podrá robar y ninguna prueba o persecución lo vencerá porque Jesús, consciente de su misión, lo custodia y lo preserva de los peligros con seguridad y paz.

Sólo quien pertenece al rebaño de Cristo reconoce en su voz la cualidad de Mesías y de Buen Pastor, que actúa en el nombre del Padre, en unidad de acción y de amor. El creyente, a diferencia del que no es de las ovejas de Cristo, siente cercano en su vida al Señor que la seguridad, porque en él ve al Padre que le dona la vida eterna, que es conocimiento del Padre y del Hijo (Jn 6,40; 17,3.22).

30 abril 2007

Jn 10,1-10

Este relato es la continuación del capítulo precedente. El discurso sobre la puerta y el Buen Pastor explica e interpreta el significado del epílogo dramático de la profesión de fe del ciego curado.

Quien es expulsado de su comunidad política o religiosa, tiene motivo de su testimonio en el Señor Jesús, entra a formar parte del rebaño de Cristo y en él encuentra vida abundante y salvación perfecta.

Los jefes del pueblo judío con su comportamiento se han manifestado ladrones y mercenarios (v. 8), no pastores de Israel. El ciego curado, desconectado de los judíos, no vivirá como oveja sin rebaño y sin pastor; ya ha encontrado al buen Pastor y con su profesión de fe ya ha entrado en el rebaño del Señor a través de la puerta que es Jesús.

La expresión "En verdad, en verdad os digo" (v. 1) preanuncia revelaciones muy importantes y profundas. La imagen de la puerta (v. 1) significa que para ser verdaderos pastores del rebaño de Dios hace falta pasar por la puerta que es Cristo. El es el lugar de la presencia de Dios, es la vía de acceso al Padre y es el nuevo templo definitivo.

Quien ignora a Cristo y rechaza su persona es un ladrón y un mercenario, es decir, no puede guiar a sus ovejas en los prados de la vida eterna, sino que causa ruina y muerte. En concreto, los judíos y los fariseos, que no quieren aceptar la mediación salvífica de Jesús, son ladrones y mercenarios. Así los rebeldes, los zelotas y los guerrilleros como Barrbás, que han provocado revueltas populares, no habiendo entrado en la comunidad de Israel a través de la puerta de estabilidad de Dios, son causa solo de ruina y de muerte. El verdadero pastor del rebaño de Dios entra por la puerta que es Jesús y se pone en relación con las ovejas mediante Jesús.

Con la frase "llama a las propias ovejas por su nombre y las lleva fuera" (v. 3), Jesús da a entender su acción de conducir a sus ovejas fuera del recinto de la sinagoga. El ciego curado, que ha sido expulsado de la comunidad judía, en realidad ha sido llevado fuera de la sinagoga del buen Pastor y ha sido introducido en el redil de Cristo que es la Iglesia.

Como Dios ha conducido a Israel fuera de Egipto, así Jesús se pone a la cabeza de su grey para hacerlo salir del judaísmo. Con esta acción la Iglesia se separa radicalmente de la sinagoga.

Dada la incomprensión de sus palabras enigmáticas, Jesús retoma las imágenes precedentes y las aclara: la puerta de las ovejas es él, los ladrones y mercenarios son los falsos pastores de Israel. Jesús es el mediador para tener acceso al rebaño de Dios, es el camino para unirse al Padre (Jn 14,6), es la vía obligada para estar en comunión con sus ovejas.

La puerta, en el lenguaje bíblico, significa también la ciudad o el templo (cfr Sal 87,1-2; 112,2; etc.). Jesús por tanto proclama ser el lugar donde se encuentra la salvación. Ha sido enviado por el Padre al mundo para que la humanidad pecadora se salve por él (Jn 3,17). Por eso las ovejas que quieren tener la vida eterna en plenitud no pueden hacer nada más que acudir a su acción mediadora: deben entrar en la vida eterna por la puerta que es Cristo.

Esta mediación salvífica no es algo opresivo, sino el medio para gozar perfecta libertad y para experimentar la plenitud de la vida.

El Hijo de Dios no ha venido al mundo para matar y traer la ruina a la humanidad, como hacen los falsos pastores, sino para salvar a todos.